



*El heredero de
Edenbrooke*



JULIANNE DONALDSON

SEDA ROMÁNTICA



*El heredero de
Edenbrooke*



España, 1811

—¿Comandante Wyndham?
Levanté la vista del mapa que estaba desplegado a lo largo de la mesa. Acabábamos de dar el parte de la batalla y estábamos enfrascados en el diseño de la estrategia para la campaña del día siguiente. Me froté los músculos del cuello, doloridos tras haber estado inclinado sobre el mapa, y en cuanto me incorporé para volverme hacia la voz que me había hablado sentí el cansancio en los pies. En la puerta de la tienda había un soldado que alzaba la mano en un saludo militar.

—Una carta, señor —dijo, extendiéndola en su mano enguantada.

Me tomé un momento para confirmar que, en efecto, la letra era de mi madre. Una sensación de alivio me inundó: «¡Sana y salva! Está sana y

salva». Aquella era la típica reacción de un soldado cuando ha transcurrido demasiado tiempo entre una carta y otra. En lugar de rasgar el sobre y abrir la carta allí mismo, como deseaba hacer, la deslicé a regañadientes en el bolsillo de mi abrigo. Un soldado, incluso un oficial, hace docenas de sacrificios al día. Apenas me daba cuenta de algunos de ellos, pero de aquel era muy consciente.

—¿Una carta de casa? —preguntó el comandante Colton al ver que mi mano, pendiente del bolsillo, sujetaba el inesperado tesoro.

Asentí, y después alejé por completo la cuestión de mi mente en un intento de dar la espalda a un amanecer que, sin embargo, esperaba con ansia. La aurora llegaría pronto, en nuestro caso literalmente, y era nuestro deber preparar una estrategia. Concentré de nuevo mi atención en el mapa antes de que las velas y yo nos apagáramos ante cualquier ráfaga de brisa caliente que entrara

en la tienda; una ráfaga que, en realidad, no habría podido secar el sudor que se me había ido escurriendo por la espalda durante todo el día. España tenía sus cosas buenas, pero el clima caluroso al final del verano no era una de ellas.

Tan pronto como entré en mi tienda una hora más tarde, saqué la carta del bolsillo y la coloqué con delicadeza en mi catre. Después me desabotoné el abrigo, lo eché a un lado y me quité la camisa empapada de sudor. Aquellos días tan duros, de combate tan fuerte, provocaban que la vieja cicatriz en el hombro se estremeciera y me recordara que todo lo bueno tiene un precio. Aun con todo, no era un precio muy alto. Me hirieron en una misión y tenía aquella cicatriz, pero también obtuve una distinción por ser el comandante más joven en el ejército de Su Majestad.

Giré los hombros a un lado y a otro para poner en funcionamiento los músculos agarrotados y, por

un momento, fantaseé con los campos típicos de Inglaterra: vientos húmedos, aire frío y una lluvia helada e incesante.

Mientras intentaba alejarme de mi hogar soñado, me incliné sobre el aguamanil, me salpiqué la cara con agua y dejé que esta se me escurriera por el pecho. Me peiné el cabello con los dedos húmedos, que se me rizaba mucho más en España que en Inglaterra, y suspiré con alivio cuando una pequeña brisa se coló por la puerta abierta de la tienda. Por último, me quité las botas, me eché sobre el catre y me relajé.

Entonces tomé la carta y la acerqué a la vela. La oscuridad era total en el exterior y los sonidos del campamento se fueron apagando hasta que se convirtieron en unos ronquidos distantes que se mezclaban con la marcha imperturbable y tranquila de la patrulla nocturna.

Podía adivinar de buena gana lo que contendría la carta: en primer y más destacado lugar, las

preocupaciones maternas por Charles, mi hermano mayor. Era opresivo, arrogante e insufrible; lo había heredado todo tras la muerte de mi padre y estaba viviendo la vida flagrante e improductiva de un hombre adinerado con títulos. En el fondo, sentía muy poca simpatía por lo que mi madre llamaba «sus problemas». Con un poco de suerte, también me contaría algo interesante sobre William, mi hermano pequeño, que estaba estudiando en Oxford. Louisa aparecería en el papel de la testaruda hija pequeña que crecía siendo demasiado bonita para su propio bien. Quizá hubiera noticias sobre las propiedades, los arrendatarios o algún pariente lejano. En resumen, aquella carta me llevaría a casa, junto a una madre que echaba de menos al vástago alistado durante años en el ejército. Puede que mis hermanos discutieran mi estatus de hijo favorito, pero a esas alturas nada podía quebrantar mi autoconfianza.

Rompí el lacre, desplegué el papel y sonreí de

antemano. Sin embargo, en cuanto vi la longitud que tenía la carta me incorporé de un salto. Las cartas demasiado breves solo traen malas noticias.

No podía leer lo bastante rápido y, al mismo tiempo, no quería seguir leyendo por nada del mundo. Era como tragar veneno.

Mi querido Philip:

Te escribo esta carta con el corazón compungido. No había querido preocuparte, y por eso no te dije en mi última carta que Charles padecía una enfermedad pulmonar. Los médicos tenían esperanza... No, eso no es cierto: yo tenía esperanzas, pero fueron en vano y mi querido, queridísimo hijo se ha ido de este mundo. Por favor, date prisa y vuelve a casa tan pronto como puedas. Todos estamos destrozados.

Me senté de nuevo en el catre, y aunque me hallaba a miles de millas de casa, innumerables recuerdos me asaltaron, pero solo uno, aquel que siempre consideré como la última carrera de caballos, se detuvo y permaneció conmigo.

Aquella mañana mis hermanos y yo nos reunimos muy temprano en los establos y preparamos nuestros respectivos caballos. Yo tenía catorce años, William, trece y Charles, casi diecisiete. A William le volvían loco las carreras y había esperado bastante tiempo hasta que, por fin, mi padre lo llevó a elegir su propio corcel. Dentro del precio fijado por mi padre, Will decidió que un precioso ejemplar castrado de color gris tendría el mejor potencial. Lo llamó *Eclipse* en honor al famoso caballo de carreras francés y lo entrenó a diario durante el verano, ya lloviera o hiciera sol, durante muchas más horas al día de las que Charles o yo dedicábamos a nuestros caballos.

Y todo ese entrenamiento tuvo su recompensa. En

la mañana de la última carrera, el caballo de William se lanzó sobre cada seto y cada muro de piedra como si fuera todo corazón, coraje y pezuñas aladas. Corrió por los bosques con tal destreza que parecía que los árboles, las raíces y las plantas se apartaban de su camino y le dejaban paso. Y cuando William le pidió más en el último tramo, aquel caballo se lo dio con un estallido de velocidad que nos dejó a Charles y a mí a miles de yardas de allí. William levantó ambos brazos y gritó:

—¡El gran caballo de carreras *Eclipse*, entrenado y montado por el maestro William Wyndham, ha derrotado a todos los demás! Lo que demuestra que Charles no podría elegir un buen caballo ni aunque su vida dependiera de ello.

Me reí, acerqué mi caballo al de William y le di la enhorabuena con una palmadita en la espalda. No tenía problema en ser superado por mi hermano pequeño; lo que me molestaba era perder

frente a mi hermano mayor.

Charles frunció el ceño mientras galopaba sobre su caballo. Su aspecto era sombrío por naturaleza. El color del cabello y el de los ojos era marrón oscuro, casi negro, y su constitución era enjuta y fuerte. Además, su cara mostraba una arrogancia feroz que había ido perfeccionando a medida que crecía. Al fin y al cabo, desde que era muy joven había asumido lo que significaba ser el primogénito, es decir, el futuro heredero de un título, de unas propiedades y de una enorme fortuna.

—Ha sido suerte —dijo Charles sacudiendo una mancha de barro de sus pantalones—. Pero te demostraré que te equivocas, hermanito. Yo soy capaz de elegir un buen caballo. —Posó con frialdad sus ojos en el caballo de William y dijo —: Elijo ese caballo.

—Es mío —se mofó William—. Tendrás que acostumbrarte a tu caballo con alma de vaca y a

ser derrotado por mí una y otra vez.

Charles se apartó un mechón oscuro de la frente.

—Todo lo que tengo que hacer es pedirle a padre ese caballo, y me lo dará. —La sonrisa que le dirigió a William era fría y crispada—. Entonces podrás quedarte con el caballo con alma de vaca y yo tendré el ganador, como debe ser.

La cólera invadió la mirada de William y sus manos se cerraron en sendos puños. Entonces le asió del brazo, por si decidía embestir a Charles con su caballo.

—Charles —dije con una voz cargada de advertencia—, que ni se te pase por la cabeza.

El aludido alzó el rostro y lo ladeó, consiguiendo el ángulo más arrogante que era capaz de lograr; un ángulo que, tras catorce años viéndolo, me producía una necesidad casi imperiosa de romperle la nariz.

—Pero sería tan fácil —dijo Charles con una irritante voz pausada—. Porque todo lo que hay

aquí será mío cuando padre muera. Esta casa. Las propiedades. El arte. La biblioteca y todo lo que hay en ella. Los establos. Y ese caballo, y ese caballo y ese caballo. —Señaló la casa, que quedaba a nuestra espalda, el huerto, los establos, los jardines, diciendo con una exasperante voz—: Mío, mío, mío, mío. —Sonrió—. Padre ya no es joven. Podría pasar cualquier día. Todo será mío, y nada será vuestro. Así que, pensándolo bien, ya me pertenece. Y creo que quiero... —señaló mi caballo, luego el suyo y, por último, el de William — ese caballo.

La expresión de William reflejaba furia y sus ojos, rabia e impotencia.

—Te odiaré hasta el día en que mueras si te atreves a quitarme este caballo.

—¡Vaya castigo! —dijo Charles, con burla en su voz.

Me aparté de William y moví mi caballo entre los de ellos dos, mientras ponía una mano en el

pecho de Charles.

—William te ha ganado hoy —le dije con un empujón—. Así que asúmelo como un hombre o ve a llorar a padre.

Charles me dirigió una mirada fría y apartó la mano del pecho.

—Tengo una idea mejor. Os echaré una carrera a los dos de vuelta al establo, y el caballo ganador será el mío.

Los labios de William se curvaron con desprecio.

—Nunca volveré a correr contigo.

—Entonces soy el ganador por incomparecencia del rival. —Charles se volvió furioso junto a su caballo y lo espoléó para que se pusiera al galope mientras gritaba por encima de su hombro—: Un día será mío, William.

Mientras veía cómo se alejaba de nosotros, sus únicos hermanos en el mundo y, en aquel momento, sus enemigos, me hice una promesa. Yo nunca

sería como Charles, y nunca, nunca jamás, querría lo que él tuviera.

William blasfemó en voz baja y con gran imaginación antes de decir:

—Le odio.

—Ya lo sé —respondí.

Di una vuelta con mi caballo y abarqué con la vista todo lo que Charles había señalado y declarado como suyo. Tenía razón, y eso era lo más exasperante. Edenbrooke era hermoso. Era nuestra casa. Era todo lo que más había querido en mi infancia. Y un día sería un forastero en ella. Un día ya no tendría más derecho que cualquier extraño a cruzar aquellas puertas. Así que miré mi querida casa, el huerto, los establos, los jardines, el río y los árboles y pensé: «No es mío. No es mío. No es mío». Me sentía como si me arrancara pequeñas virtutas del corazón.

—Siempre perderemos frente a él, ¿verdad? —dijo William.

—Oh, no. Yo no pienso perder frente a él de nuevo.

William se mofó.

—Él es rico. Siempre será el hermano mayor, el heredero de todo, y se comportará como un tirano y utilizará su poder contra nosotros. ¿Cómo evitar que perdamos frente a él?

Miré hacia el puente que cruzaba el río y pensé: «No es mío», y se me desprendió otra viruta del corazón.

—Es fácil. Solo tiene poder sobre nosotros si nos importa algo de esto. —Señalé la escena ante nosotros, simulando una indiferencia que no sentía—. Si todo esto deja de importarnos, si no lo queremos, entonces carecerá de poder.

—¿Eso es todo? —dijo William con una voz teñida de amargura—. Él va a heredar una fortuna y vastas propiedades y un título y una vida de lujos desmesurados. No hay nada que envidiar.

—Sí, pero piensa en esto: él nunca podrá elegir

una profesión. Estará obligado a concertar un matrimonio de conveniencia, no podrá casarse por amor. Será cortejado por su dinero, su posición y su título, y siempre cuestionará la lealtad de aquellos que lo rodeen.

William aún tenía el ceño fruncido.

—No puedo soportar la rabia que me provoca su manera de ser.

Sonreí un instante.

—Bueno, si te sirve de consuelo, sueño con romperle la nariz con bastante frecuencia. Imagínatelo con detalle. Casi puedo sentir el crujido del hueso bajo los nudillos.

William arqueó las cejas.

—¿Y queda muy mal?

—No deja de chorrear sangre. Es un maldito manantial.

William sonrió.

—Y, después, por supuesto, el hueso le suelda fatal, así que la nariz se le queda torcida, de

manera que ninguna mujer lo quiere en su cama. William se rio.

—Somos nosotros contra él, Philip —dijo con una fiereza que parecía mitad rabia por Charles y mitad afecto por mí.

—Ya lo sé.

Suspiró y dio una palmadita en el cuello de *Eclipse*; después le acarició una de las orejas. Lo obsequiaba con mimos propios de un amante.

—Si fuera cualquier otra cosa —dijo—, creo que podría soportarlo, pero es mi caballo, Philip. Es lo más cerca que estaré nunca de poseer un verdadero caballo de carreras. —Suspiró. Su rostro, tan joven, estaba marcado por una mirada llena de desdicha—. Sabes tan bien como yo que siendo un clérigo o un soldado, tanto da a qué profesión me dedique, nunca tendré dinero para comprar un caballo como este.

Hice una mueca. William decía la verdad. Nuestros futuros serían muy distintos al de

Charles.

—Escucha, Will. Si algún día tengo la posibilidad de comprarte un caballo de carreras, lo haré. Te lo prometo.

William sonrió.

—Gracias, pero creo que serás tan pobre como yo.

—No. Yo administro el dinero mucho mejor que tú.

Se rio y tiró de las riendas de su caballo y se encaminó hacia el bosque. Los vi alejarse y, por el bien de mi hermano pequeño, deseé que aquel bosque le trajera consuelo. Después regresé al poco apego que me quedaba hacia mi hogar. Si hubiera podido hablarle al corazón como había hecho con William, me habría resultado fácil deshacerme del cariño hacia Edenbrooke desde el momento en que Charles lo heredase. Esa era la única manera de no volverme loco de envidia y resentimiento.

Permanecí tumbado en el catre durante un rato largo. No podía conciliar el sueño y oía los sonidos del campamento mientras multitud de pensamientos me asaltaban, un tumulto de recuerdos y amargura. Pensé en mi casa, en Charles y en la promesa que me había hecho tiempo atrás de no ser como él, de no desear jamás lo que él pudiera tener. Esperé un sosiego y un olvido que no llegaban.

A la tarde siguiente, el comandante Colton me esperó y, después de la reunión que mantuvimos para preparar la estrategia, me acompañó a mi tienda. La noche en vela me había pasado factura y me costaba poner un pie delante del otro.

—¿Qué te preocupa, Wyndham? —preguntó con un tono de voz más cercano al de un amigo que al de un soldado.

Me detuve delante de la entrada de mi tienda,

luchando conmigo mismo por un instante. Durante la noche, una parte de mí había decidido ocultar la noticia a todo el mundo. Podía actuar como si nada hubiera ocurrido. Podía continuar dirigiendo a mis hombres, pasar los días luchando por mi país y, cuando llegara el momento, en lugar de casarme por el bien de la fortuna y la reputación de mi familia, podía unirme a una mujer a la que amara y tener todo aquello por lo que llevaba toda la vida trabajando. Sin embargo, había un problema con el deber: mi padre me había educado demasiado bien como para obviarlo. Si había algo con lo que un caballero debía cumplir era, ante todo, con su obligación. Y mi deber con respecto a mi familia y a mi casa estaba por encima de mis deseos personales. Respiré hondo y, al soltar el aire, liberé la indecisión con la que había estado batallando todo el día.

—Mi hermano mayor ha muerto. Ahora soy yo el heredero —dije sin rodeos.

El comandante Colton soltó un pequeño silbido.

—Entonces ya no eres el comandante Wyndham, ¿verdad, *Sir Philip*?

Hice una mueca al oír cómo se dirigía a mí ahora.

—Siento enormemente tu pérdida. Y la nuestra, también. Nunca había conocido un soldado mejor.

—El comandante Colton me tendió la mano.

—Gracias —dije con brusquedad.

Sentía la rigidez de la garganta. Estreché su mano mientras me llegaba un sabor a final. Echaría mucho de menos aquel precioso país, la responsabilidad de la guerra, la lealtad y la camaradería de mis compañeros de armas, la satisfacción de trabajar duro cada día por una gran causa y de caer exhausto en la cama cada noche. Mi independencia había acabado. Mi carrera había llegado a su fin. Era el momento de volver a casa.



Edenbrooke

Tres meses más tarde

—¿Todavía le estás dando vueltas? — preguntó William mientras acercaba una silla a mi lado.

Levanté la vista del anillo con el sello al que había estado dando vueltas en el dedo meñique. La biblioteca de Edenbrooke estaba bañada por la luz cálida del sol del atardecer. Había apartado mi silla del alto muro de ventanas que encuadraba la vista del huerto y miraba, en cambio, el retrato de mi padre que colgaba sobre la inmensa chimenea.

Bajé de nuevo la mirada, sin responder. De alguna manera, el anillo se volvía más pesado cada vez que le daba una vuelta más. Si continuaba así, quizá tuviera que ser arrastrado con él al

infierno. Qué pensamiento más apropiado. Un dedo era una cosa pequeña, tan solo una parte del cuerpo de una persona. Pensé en la enfermedad que había invadido los pulmones de mi hermano, una afección tan minúscula en un principio. Ni siquiera se apreciaba a simple vista y, sin embargo, cuatro meses y medio después se había llevado a Charles. Y, al otro lado del mar, en el peor momento de la Guerra de España, cuando ya estaba listo para dirigir a mis hombres hacia la victoria, un asunto mínimo había logrado cambiar mi vida. Una enfermedad apenas importante, un pequeño anillo, un dedo insignificante, una carta terrible. Y ahora esta vida inoportuna y nueva. Cerré la mano en un puño.

—Déjame adivinar —dijo él—. Madre te ha dicho que tu deber con la familia es casarte bien y te ha convencido para que te comportes como un señor y asistas a la Temporada en Londres para poder presentarte a alguna jovencita bien

relacionada. Y tú te sientes fatal por tener que pasar los próximos meses cortejando a muchachas jóvenes y bonitas. —Asomó su labio inferior en una exagerada expresión de descontento.

—Ay, pobre de mí —me reí de mala gana.

—¡En efecto! Si yo hubiera sido el segundo, habría sabido qué hacer con toda esa fortuna.

Le lancé una mirada de preocupación, preguntándome si habría algo escondido bajo aquellas palabras burlonas.

—Dime la verdad, William. ¿Me odiarás ahora, como odiabas a Charles? ¿Me reprobarás por heredarlo todo?

Él se mofó y después sacudió la cabeza.

—Te propongo un pacto, Philip. No te reprobaré si tú me prometes borrar esa expresión infernal de disgusto.

Tenía razón. Había estado disgustado demasiado tiempo.

—Trato hecho.

Tomé aire profundamente e intenté ahuyentar las sombras que me ofuscaban. Me relajé, crucé las manos por detrás de la cabeza y dejé que mi mirada vagara por las estanterías que empezaban en el suelo y llegaban hasta el techo. Charles había sido muy singular con su biblioteca. Cada libro debía estar en el lugar exacto siguiendo el orden alfabético y el género al que pertenecía. Todavía era su biblioteca y, destrozado como estaba, sentía que esta era aún su casa y yo, un extraño.

Entonces se me ocurrió una idea.

—¿Te apetece un poco de trabajo?

—¿Qué tienes en mente? —William arqueó una ceja.

—Creo que es el momento de reordenar la biblioteca. —Señalé los libros.

Bajamos los libros de todos los estantes, había miles, e hicimos unas pilas enormes en el suelo de la biblioteca y después fuera, en el vestíbulo. Una vez que las estanterías estuvieron vacías,

recogimos los montones de libros apilados al azar y las llenamos de nuevo sin orden ni concierto. Tardamos horas en hacerlo, pero al final, cuando William y yo, hombro con hombro, contemplamos nuestro trabajo, estuvimos de acuerdo en que el esfuerzo había valido la pena. De todas las habitaciones de la casa, podía sentir aquella un poquito más mía.



Londres

Cuatro años más tarde

Me detuve delante del espejo con el quinto pañuelo suspendido alrededor del cuello. George, mi ayuda de cámara, aguardaba de pie, a mi lado, y de su brazo colgaban una docena de pañuelos recién planchados. Hacer aquel nudo en cascada estaba resultando más difícil de lo que esperaba, pero yo no era de los que se rendían fácilmente. Así que, después de realizar varios intentos durante una hora, estaba aún más decidido a lograrlo. Con un tirón de la tela, di las últimas vueltas al nudo. Mientras observaba el resultado, podía sentir la tensión de George, que esperaba mi veredicto.

—Bastante bien —murmuré.

George colocó el resto de las prendas a un lado, sujetó mi abrigo y me ayudó a ponérmelo.

Entonces oí que alguien llamaba a la puerta de mi dormitorio. George se alejó para abrir y entró mi madre seguida de Rachel, la esposa de William. Ambas se habían engalanado para el baile de aquella noche. Durante los tres últimos meses se habían comportado como dos gatos curiosos que me examinaban antes de cada evento social y me acicalaban cuando consideraban que podían mejorar el aspecto de la ropa o del cabello. En una ocasión, mi madre llegó a humedecerse el dedo con saliva para colocarme un pelo despeinado de la ceja. Le hice saber sin lugar a equívocos que ese gesto no se repetiría.

—Muy bien, Philip —murmuraron ambas después de examinarme de pies a cabeza.

—Me alegro de contar con vuestra aprobación —dije con sequedad.

Mi madre juntó las manos y me miró con una

sonrisa amable. Sin embargo, aunque engañara a todos los demás, yo vi la frialdad bajo aquella dulzura.

—¿Qué pasa, Madre? —pregunté mientras me colocaba el anillo con el sello en el dedo meñique —. Tienes algo en mente.

—Philip, nos preocupa que hayas desperdiciado algunas oportunidades excelentes durante esta Temporada. Si no sacas provecho de alguna de ellas, otra persona lo hará en tu lugar.

—¡Ah, vuestro discurso del final de la Temporada! —sonreí—. Debería haberlo visto venir.

Mi madre había sido implacable en sus esfuerzos por empujarme al matrimonio, pero creía que se había olvidado de aquel empeño mientras se ocupaba de la primera Temporada de mi hermana Louisa. Sin embargo, con la ayuda de Rachel, se había mantenido tan centrada y decidida a concertarme un buen casamiento como lo había

estado durante los tres años previos.

—Este discurso puede llegar a durar una hora, si la memoria se presta. ¿Queréis poneros cómodas? No suelo recibir visitas en mi dormitorio, pero podríamos pedir que nos trajeran algún aperitivo. ¿Quizás un poco de té?

Rachel parecía irritada. Mi madre no se inmutó, pero pidió a George que saliera de la estancia con un tono frío como el acero. Tan pronto como este cerró la puerta tras de sí, mi madre se volvió hacia mí con una sonrisa radiante.

—Ya hemos tenido bastante, Philip. Centrémonos en lo nuestro.

Alargó su mano hacia Rachel, quien le entregó una hoja de papel que parecía que era una lista de nombres. Traté de ocultar mi sorpresa ante esta nueva táctica.

—Rachel y yo vamos a leerte estos nombres, y queremos que nos des una razón de peso para que no propongas matrimonio a alguna de estas

atractivas jovencitas.

Ahogué un quejido. Antes de que pudiera objetar nada, el concurso comenzó.

—¿La señorita Blythe? —preguntó Madre.

Escondí las manos en los bolsillos y dije la primera palabra que me vino a la cabeza.

—Aburrida.

—¿La señorita Keane?

—Tediosa.

—¿La señorita Parham?

—Anodina.

—¿*Lady* Sandelford?

—Sosa.

—¿La señorita Sophronia Goodall?

—Cargante.

Madre detuvo aquella enumeración para observarme y reanudó la lectura.

—¿La señorita Downing?

—Sin gracia.

—¿*Lady* Pearce?

—Insípida.

—¿Las señoritas Amelia Endicott, Georgiana Endicott y Frederica Endicott?

—Pusilánime, sosa y... hum...

De pronto, miré a Rachel con brusquedad y entrecerré los ojos con recelo.

—No conozco a la señorita Frederica Endicott. Parecía enojada.

—Ajá. ¡Una trampa! ¡Y no he caído en ella! —sonreí, felicitándome por mi agudeza—. Bien es evidente que vosotras dos queréis casarme con alguien que me entierre en vida. Y yo me niego.

—Espera. Hay un nombre más en la lista. La señorita Cecily Daventry.

Las palabras de mi madre retumbaron en la habitación. Tuve que recurrir a mi educación de caballero para no hacer una mueca ante el nombre de aquella muchacha. Era la hija de la mejor amiga de la infancia de mi madre y la nueva y queridísima amiga de mi hermana Louisa, lo que la

convertía en la esposa perfecta.

—Demasiado lejos —contesté, eludiendo algunas palabras desagradables que podría haber dicho. Debieron de ver algo en mi expresión, porque intercambiaron una mirada de derrota y dejaron de presionarme.

Parecían tan tristes que, durante un momento, sentí una punzada de culpa.

—Siento haber sido tan difícil. —Tomé la mano de Rachel, después la de mi madre y las besé.

—Bien —dijo mi madre con tono de voz nuevo y que denotaba disposición—, quizá haya alguna joven a la que no conozcas todavía en el baile de esta noche. Una siempre puede tener esperanzas.

Le sonreí con afecto.

—Desde luego. La esperanza es lo último que se pierde.

Pero esas palabras sonaron me sonaron falsas. En realidad, no tenía esperanzas de encontrar en Londres a ninguna joven de la que me pudiera

enamorar. De haber habido alguna, cualquier rasgo interesante que hubiera podido tener habría sido aniquilado por la educación de una madre maquinadora que habría enseñado a su hija a buscar un buen partido. La opción más segura para una muchacha que deseara casarse bien era, desde luego, carecer de gracia, espíritu, imaginación... Y tener una personalidad insípida y sin sustancia.

La señorita Cecily Daventry se sentó en un sofá en el salón y se puso a cuchichear en el oído de mi hermana Louisa tras una mano enguantada. Me detuve en la puerta, que estaba lo bastante lejos como para permitirme actuar con la arrogancia cortés que mostraba ante jovencitas ambiciosas, vanidosas y superficiales como la señorita Daventry. No me sorprendía verla aquí. Era la amiga más querida de Louisa y parecía pasar más

tiempo en mi casa de Londres que en la de su prima, a quien acompañaba en su primera Temporada.

En cuanto entré en la habitación me miró a través de las gruesas pestañas que enmarcaban sus grandes ojos azules.

—*Sir Philip* —me saludó con un seductor ronroneo, al tiempo que alargaba una mano hacia mí con una muñeca flácida. La tomé y me la llevé a los labios, puesto que no hacerlo habría ido en contra de mi condición de caballero.

—Señorita Daventry —respondí con una educada sonrisa—. Qué alegría verla. ¿Asistirá con nosotros al baile de los Sandeford que se celebra esta noche?

—No me lo perdería por nada del mundo —dijo—. En especial, si me reserva un baile antes de que complete mi tarjeta.

Me lanzó una sonrisa fugaz y seductora y sus ojos centellearon con picardía. Pensé que estaba

siendo terriblemente descarada y que el color blanco de su vestido largo resultaba demasiado inocente para ella. También sabía con certeza que su interés por mí no iba más allá de mi herencia. Sin embargo, incliné la cabeza y respondí:

—Sería un honor para mí acompañarla en el primer baile.

Cuando mi madre se unió a nosotros, anunciaron el carruaje y nos adentramos en la noche fría y neblinosa de Londres. La conversación giraba en torno a mí, pero no importunó mis pensamientos díscolos, sombríos y autocomplacientes. Cuando el carruaje se detuvo frente al edificio, las antorchas iluminaban la calle atestada de gente en la que los invitados, vestidos con sus mejores galas, se apeaban de los carruajes. El cochero abrió la puerta y descendí del carruaje; después me volví para ofrecer la mano a mi madre, luego a Louisa y, por último, a la señorita Daventry.

Ella tomó mi mano y bajó el primer escalón,

luego el segundo; pero antes de poner el pie en el adoquinado, dejó escapar un gritito y cayó sobre mí. La sostuve antes de que se cayera. Entonces ella se desplomó en mis brazos y se agarró a las solapas de mi abrigo.

—¡Oh, querido! —Su aliento rozaba mi mejilla —. ¡Qué torpe he sido!

—¿Se ha hecho daño? —pregunté, apoyando las manos en su cintura para ayudarla a sostenerse.

En lugar de apartarse, se aferró más fuerte a mis solapas y se inclinó hacia mí de un modo que, en cualquier otra situación, habría resultado indecente.

—Creo que me he torcido el tobillo —dijo—. ¡Qué mala suerte! Y justo antes del baile. Creo que me tendrá que llevar de vuelta a su casa, *sir Philip*.

Miré por encima de mi hombro y busqué la ayuda de mi madre o de Louisa, pero ya habían cruzado la calle hacia la casa de los Sandeford. El

cochero aún estaba de pie detrás de mí, con la puerta del carruaje abierta, y cuando le miré apartó la vista deprisa. Estaba claro que no me sería de ninguna ayuda. Quería apartar a la señorita Daventry de mis brazos sin más demora. Desde luego que no iba a subir de nuevo al carruaje para quedarme a solas con ella ni a conducir de vuelta a mi casa. La sujeté de las muñecas y, con deferencia pero firmeza, le aparté las manos de mi abrigo y la alejé de mí.

—Creo que debería intentar caminar —dije, sin preocuparme por disimular la ironía de mi voz.

A la luz de las antorchas vi un fugaz atisbo de disgusto en su hermoso rostro, pero lo cubrió con una sonrisa.

—Creo que tiene razón, *sir* Philip. Lo intentaré, aunque solo sea por el baile que me ha reservado. Si me concediera su brazo...

Alargó la mano con una sonrisa pícaro. Estaba tejiendo una soga para mí con sus rizos rubios; una

soga cada vez más gruesa que iba urdiendo con ingenio, con su flirteo y con la amistad que la unía a mi familia. Si la señorita Daventry pensaba que iba a caer con facilidad en sus redes, era porque no sabía con quién estaba jugando. Le ofrecí mi brazo, que presionó hacia sí y simuló cojear durante unos cuantos pasos, pero en cuanto llegamos a la puerta de entrada dejó de fingir.

Ya en la casa de los Sandeford, donde quiera que se mirase se veían sedas de color pastel, tocados de plumas, guantes largos, mejillas sonrosadas, cabellos rizados y cuellos enjoyados. Además, en el salón de baile hacía calor, olía mal y había demasiada gente como para estar a gusto. Mi madre inspeccionaba el recinto con la atenta mirada de quien intenta casar tanto a una hija como a un hijo. En cuanto a mí, por cómo se desarrollaba el baile, disponía de un cuarto de hora antes de verme forzado a bailar con la señorita Daventry. Mis ojos otearon la sala y se

iluminaron con un suspiro de alivio al divisar una cara conocida.

—Si me disculpa, señorita Daventry —dije—. He visto a un amigo a quien me gustaría mucho saludar.

—Por supuesto, *sir* Philip.

Su mano permaneció aferrada a mi brazo mientras la apartaba de mí. La dejé con Louisa y con mi madre y me adentré en la sala. Traté de no pensar mucho en las cabezas que se volvían en mi dirección, en los cuchicheos sobre mi fortuna y mis «vastas propiedades», en la avaricia que percibía en los ojos de las mujeres de todas las edades que medían mi valía en virtud de mi herencia. Hice caso omiso de todo aquello y me abrí camino entre la multitud hacia la persona que me había traído la primera pizca de felicidad de aquella noche.

El señor Colton, antes el comandante Colton, se encontraba cerca de la mesa del ponche. También

había sido víctima de una repentina herencia que parecía encajar muy bien con él pues, a diferencia de mí, no conllevaba un título ni una gran fortuna.

—¡Wyndham!

Con su sonrisa me llegó el recuerdo del olor del fuego a campo abierto, la brisa caliente de un día húmedo en España y los sonidos ágiles de la batalla. Casi podía sentir mi cuerpo sobre el catre duro cuando dormía exhausto al final de un buen día de lucha. Si aguzaba el oído, podía recrear el zumbido de los insectos y de los sonidos del campamento que tanto me ayudaban a dormir. Ay, cuánto echaba de menos esa vida.

—¿Cómo te trata Londres? —le pregunté mientras nos dábamos un apretón de manos.

—Muy bien. ¿Y a ti? ¿Cómo va la caza?

Tomé un vaso de ponche, aunque deseaba algo más fuerte.

—Colton, si esto es una cacería, yo soy el zorro.
Se rio con suavidad.

—¿Te sientes amenazado? Pobre diablo, tienes la mala suerte de tener una fortuna, unas vastas propiedades y un buen título. He visto a la belleza con la que has entrado. Si todos tuviéramos una condena así...

Seguí su mirada y reparé en la señorita Daventry que, en ese momento, hacía gala de su habilidad admirable para flirtear con varios caballeros a la vez.

Sus mejillas estaban sonrosadas por el calor de la sala de baile, su pelo brillaba como el oro a la luz de las velas y sus pestañas largas y oscuras entornaban con encanto sus ojos vivaces. Era lógico que mi amigo apreciara la vista que ella ofrecía. Pero después de haber pasado muchas tardes en su compañía, después de innumerables cenas con nuestra familia y de incontables intentos de conversación, yo sabía la verdad: su belleza era algo superficial y lo que fuera que corría por sus venas también lo era.

Como si pudiera sentir nuestra atención, la señorita Daventry se volvió hacia nosotros y nuestras miradas se encontraron. Sus ojos brillaron al hallarme observándola y me maldije en silencio. Lo último que quería era darle motivos para que esperase de mí una disposición favorable.

—Ah, aquí viene la belleza —dijo el señor Colton mientras Cecily se abría camino entre la multitud hacia nosotros.

Me bebí el ponche, preguntándome por qué se me habría ocurrido elegir una bebida tan dulce.

—Si quieres te la presento —le ofrecí.

—Por favor.

Dejé el vaso sobre la mesa y me volví hacia el enemigo con una sonrisa amable y fría.

—Sabía que no olvidaría nuestro baile, *sir* Philip, pero pensé en ahorrarle el trabajo de buscarme entre esta muchedumbre. —Me dedicó una de las sonrisas tímidas y coquetas a las que me tenía acostumbrado.

—Señorita Daventry, permítame presentarle a mi amigo. Señor Colton, la señorita Cecily Daventry.

Él tomó su mano y la levantó sin vacilar hacia sus labios.

—Un placer —murmuró. Sus ojos se encendieron ante la mirada de admiración de él—. ¿Me concedería el placer de un baile, señorita Daventry?

Ella consultó su tarjeta.

—Podría ser la cuadrilla, señor Colton.

—Entonces lo aceptaré con gratitud —dijo con una inclinación de cabeza.

Tomé su mano y la dirigí a la pista de baile. Si dejaba que otros hombres la desearan, me dije en ese momento, ella no era para mí.

Pensando en mi madre, había intentado descubrir algún atisbo de inteligencia, ingenio o humor en la señorita Daventry, pero solo había encontrado el mismo egoísmo insípido que había descubierto en todas las jovencitas que había conocido en

Londres.

—¡Cuánta gente! —exclamó sobre la concurrida sala de baile.

—En efecto —murmuré aburrido, como hacía cada vez que una joven decía esas palabras.

—¿Ha visto el vestido que lleva la señorita Endicott esta noche? ¡Apuesto a que llevó el mismo en casa de los Almack hace quince días!

Suspiré. Era agotador. Preferiría luchar cuerpo a cuerpo en una batalla que soportar otra conversación como aquella.

Por el bien de mi juicio, traté de dirigir la conversación hacia un tema más interesante.

—¿Alguna vez ha viajado al extranjero, señorita Daventry?

—Oh, no. ¿Por qué iba a hacer tal cosa? No puedo imaginar lugar mejor que Inglaterra. —Se mordió el labio inferior mientras me miraba a través de sus gruesas pestañas y se le formaban surcos en los hoyuelos. Conocía sus armas y las

usaba bien—. Tengo un gran interés en visitar Kent, sin embargo. He oído que sus propiedades en Edenbrooke son espectaculares. Dígame, ¿cómo de grande es?

En sus ojos podía ver la ambición con la que calculaba mi valía en función de mi herencia. Sonreí, porque mi sonrisa desarmaba tanto como sus hoyuelos o sus pestañas.

—¿Cómo de grande querría que fuera? ¿Qué la complacería?

Tomó mi mano en el paso del baile.

—¡Bueno! Según he oído, su estado se adecuaría muy bien a mis necesidades.

—Qué reconfortante es oír que estaría satisfecha con Edenbrooke —murmuré.

Se mordió el labio.

—Estoy segura de que estaré más que satisfecha —dijo, al tiempo que un cautivador hoyuelo aparecía junto a su boca.

Tardé unos segundos en percatarme de la ráfaga

de emoción que transmitían sus ojos. Había pensado que notaría el sarcasmo en mi voz pero, a juzgar por la amplitud de su sonrisa, había tomado mis palabras como un incentivo.

Cumplí con mi madre y bailé con todas las mujeres que se me pusieron delante pero, o bien me había vuelto repentinamente torpe sobre la pista de baile, o bien el ardid de simular una lesión se estaba extendiendo como una plaga. La señorita Goodall fingió tener un tobillo torcido, *lady* Pearce insistió en que su pie estaba de repente magullado y la señorita Georgina Endicott resultó abatida por un súbito dolor de cabeza en mitad de nuestra danza. Y, sin duda, el remedio para cada uno de estos achaques era un rincón tranquilo en el que pudiéramos mantener una conversación privada durante el resto del baile y más allá, si yo lo permitía. Les seguí el juego, pero cada vez que ocurría mi incredulidad iba en aumento. ¿Era esta la última moda en la búsqueda

de un marido? ¿Había alguna disertación sobre cómo simular ser una dama en apuros para atraer la atención de un caballero joven y rico? Si así era, ¿dónde estaba ese documento y cómo podía conseguirlo para quemarlo?

¿Y dónde estaban las jóvenes inteligentes? ¿Dónde estaban las señoritas con sentido del humor, con un toque de ingenio y bajo cuyo maquillaje pudiera encontrarse algo más? ¿Estaban aquí pero escondidas o es que no existían en aquel reino de frivolidad?

Cuando la señorita Wingrave simuló tropezar y caer hacia mí en mitad de nuestro baile para que estuviera obligado a sujetarla, tuve suficiente.

—Permítame llevarla con su madre —le dije con una sonrisa—. Es evidente que no se encuentra bien.

—Oh, no, *sir* Philip. Estoy bien. Ha sido solo un pequeño vahído momentáneo.

Era joven y estúpida. Al fin y al cabo, ella debía

de haber observado el mismo comportamiento en el resto de las muchachas aquella noche.

—No soportaría que se hiciera daño.

La tomé del brazo y la guie a través de la concurrida sala de baile. Entonces divisé al señor Colton, que bailaba con la señorita Daventry y sonreía con cara de idiota. Ella no parecía pensar que mi amigo fuera una presa lo bastante buena: no contenta con no devolverle la sonrisa, recorría la sala con los ojos y miraba al resto de los invitados. Pobre idiota. Debería haberle advertido sobre ella. Pero ese era el riesgo de un juego como aquel.

La señora Wingrave fulminó con la mirada a su hija cuando se la entregaba y le explicaba que no se sentía lo bastante bien para bailar. Yo me excusé e intenté escapar a la sala de juegos, pero mientras me daba la vuelta me di de bruces con *lady* Marsh. Pude ver que había estado esperándome por la manera en que había creado a

propósito un hueco entre la multitud y por la pose con la que transmitía una seguridad en sí misma y una espera sosegada.

—*Sir Philip*. —Su voz era cálida y acogedora. Alargó una mano enguantada. Su muñeca y su cuello estaban envueltos por las antiguas y afamadas joyas de la familia de su marido—. Esperaba cruzarme en su camino esta noche.

Levanté su mano hacia mis labios.

—*Lady Marsh*. —Dejé suspendido un beso sobre el guante de satén—. ¿Cómo le va?

Sus labios se fruncieron.

—Muy bien, ¿no le parece? —descansó sus manos en las caderas, como invitándome a examinar su figura. No acepté la invitación.

En lugar de eso la miré a los ojos y advertí la belleza que había perdido. Su expresión cansada no era ni la mitad de atractiva que la felicidad inocente que lucía antes de casarse con el conde.

—Por supuesto —murmuré.

Dejé que mi mirada vagara hacia la puerta abierta, que se mofaba de mí con la esperanza de la libertad cuando solo llevábamos la mitad del baile. Quería irme y tomé aliento para excusarme, pero ella apoyó una mano en mi brazo y me detuvo, manteniéndome preso.

—¿Sabe lo que la alta sociedad dice de usted, *sir Philip*?

Suspiré.

—Ilústreme —dije con voz aburrida.

—«¿Por qué el soltero más codiciado no está todavía prometido?», se preguntan. El rumor es que está esperando a que aparezca una rica heredera.

Levanté una ceja.

—¿Para qué querría una rica heredera? Ya tengo suficiente dinero, como bien sabe.

Encogió un hombro con elegancia.

—Otros hombres se han dejado llevar por la avaricia. —Se acercó un poco más a mí—. Pero

¿Quiere oír el otro rumor? ¿Aquel en el que yo creo?

No contesté, consciente de que me lo diría en cualquier caso. Se inclinó hacia mi lado, alzó los labios hacia mi oreja y dijo con un seductor susurro:

—Que ha perdido el corazón por alguien a quien no puede tener. Por eso no considera a ninguna de estas atractivas jovencitas.

Y de eso sí que me acordaba, ya lo creo. Ocurrió hace años. Era joven y estúpido, y desconocía la verdadera naturaleza de aquella mujer pero, gracias a Dios, un conde apareció antes de que ella se decidiera por mí. No obstante, aún me amedrentaba el recuerdo de haber deseado su amor. La miré pensativo por un momento y después incliné la cabeza para hablarle en voz baja. Mientras tomaba aliento, vi cómo sus labios se curvaban en una sonrisa triunfal.

—Si se refiere a sí misma —dije en voz baja—,

permítame que libere su espíritu. Mi corazón nunca le perteneció y nunca le pertenecerá.

De pronto, pareció quedarse de piedra. Me miró y vi una ráfaga de furia en sus ojos. Después se apartó de mí soltando una sonora carcajada. Las joyas de su cuello atraían y reflejaban la luz de cientos de velas.

—Ay, *sir* Philip. Qué ocurrente es usted. Como si a mí me importara su corazón.

—Qué alivio —sonreí. Pude ver cómo se encrespaba bajo su fachada sonriente y cómo se ajustaba los guantes.

—Discúlpeme —dijo, alejándose de mí y elevando su cabeza en el ángulo de arrogancia que había adquirido desde que era condesa.

Observé sus ademanes mientras caminaba hacia el otro lado de la sala. Parecía prepararse para flirtear con otro pretendiente. Entonces me crucé con los ojos de mi madre, que se dirigía hacia mí arrastrando con ella a una joven que no conocía.

Pero negué con la cabeza, giré sobre los talones y abandoné la sala de baile sin siquiera mirar de reojo. Instantes después, caminaba por las calles de Londres, por fin, como un hombre libre.

A la mañana siguiente golpeé con los nudillos en la puerta del dormitorio de mi madre mientras sujetaba la bandeja con el desayuno. Había decidido llevárselo yo mismo. Tuve que correr por el recibidor para alcanzar a la doncella antes de que llegara a su alcoba.

—Ya lo hago yo —le dije con una sonrisa. Ella alzó los ojos con sorpresa, pero me entregó la bandeja y se inclinó con una reverencia antes de marcharse deprisa.

—¡Adelante! —respondió mi madre tras la llamada—. Qué sorpresa más agradable —dijo mientras colocaba la bandeja en la cama y abría

las cortinas de su habitación.

Era una mañana nublada, y el débil sol que entraba por las ventanas derramaba una luz gris y tenue en la habitación. Mi madre sujetaba una carta, pero la dobló y la introdujo entre las sábanas.

—¿A qué debo este placer? —preguntó.

Me senté en la cama con cuidado para no mover la bandeja y derramar el chocolate.

—Qué bien te sienta la cofia, Madre —dije, tocando con delicadeza el lazo que enmarcaba su cara mientras me inclinaba para besar su delicada mejilla. A pesar de los años, todavía era bella.

Bebió un poco de chocolate y me miró con gesto astuto por encima del borde de la taza.

—Vienes con halagos, ¿verdad? Eso significa que me traes malas noticias. ¿O quizá quieres algo? ¿Qué será?

—Te halago todo el tiempo —dije, mientras tomaba una tostada y le untaba mantequilla antes

de tendérsela.

—Solías halagarme todo el tiempo. —Me miró con afecto—. También me tomabas el pelo y corrías por la casa con tus hermanos y las habitaciones casi se rompían en pedazos con tu risa. —Se detuvo. Su mirada era demasiado penetrante para ser del todo cómoda—. Pero no he vuelto a ver a aquel Philip desde que Charles murió.

Ignoraba dónde se encontraba aquel Philip o cómo traerlo de vuelta. Solo sabía que me había abandonado el día en que recibí la carta en la que me comunicaba que Charles había muerto y yo lo había heredado todo.

—Entonces, halagador —dijo, mientras dejaba su tostada y se sacudía las migas de las manos—, ¿qué es lo que quieres?

Le dirigí la sonrisa más encantadora y dije con voz casual:

—He pensado que voy a volver a Edenbrooke un

poco antes. Tengo trabajo que atender en casa. Estoy seguro de que el mayordomo agradecerá la ocasión de reunirse conmigo. Además, está pendiente la reparación del tejado, y el problema con la cerca también...

Ella levantó una mano y me detuvo. Pensé por un breve instante en cómo, incluso a mis veinticinco años, todavía era un niño para ella. Pero asumí que allí estaba, tratando de obtener su permiso en lugar de reclamar mi propia independencia. Aquellas eran las ataduras del afecto, la lealtad y el respeto.

—Qué fantástica idea —dijo.

Abrí la boca y después la cerré, sorprendido, de que fuera más fácil de lo que había imaginado.

—¿Entonces no vas a insistir en que me quede hasta el final de la Temporada? —pregunté, arqueando una ceja.

—No soy un tirano, Philip —dijo, acariciándome la mano—. Puedo ver lo

desgraciado que eres aquí. Vayámonos al final de la semana.

—¡Ah! —Estaba doblemente sorprendido—. ¿Tú también vienes?

—Sí. Ya he tenido bastante de este trajín. Ya no soy tan joven. Creo que puedo dejar a Louisa con William y con Rachel. Todavía lo está pasando bien y, además, ella y la señorita Daventry también esperan con ilusión el baile de máscaras que se celebra dentro de dos semanas. Estará bien que nosotros dos volvamos una semana antes. ¿Te dije que mi hermana y su marido vienen a quedarse con nosotros?

Agité la cabeza.

—Juraría que lo hice. Están haciendo reparaciones en su casa, ya sabes, y nosotros tenemos espacio de sobra. Sabía que no sería una molestia en absoluto.

—Por supuesto que no.

Busqué en su rostro algún signo de decepción,

pero mis dudas se disiparon al instante. Aunque me había vuelto demasiado desconfiado en general, mi madre no tendría motivos para maquinarse contra mí, su hijo favorito.

Edenbrooke estaba bastante cerca de Londres. Podríamos haber concluido el trayecto en poco más de medio día de no haber sido por dos damiselas que se encontraban en apuros en nuestro viaje de ida. La señorita Sandeford y la señorita Pearce, con sus respectivas madres, habían sentido un inmenso deseo de visitar la campiña de Kent, pero ambas habían sufrido un accidente que había dejado sus carruajes inservibles a un lado del camino.

—¡Es una verdadera coincidencia que pasen por el mismo camino en el momento perfecto para ayudarnos! —exclamaron todas ellas.

Hice tanto esfuerzo por no poner los ojos en blanco que empezó a dolerme la cabeza. Trataba de escapar de caza maridos pero no había recorrido aún cincuenta millas y me atrapaban de nuevo.

—Nos negamos a que modifiquen sus planes por este imprevisto —respondieron cuando me ofrecí para escoltarlas hasta la capital—, tan solo les acompañaremos en su camino. Sabemos que tienen espacio, aunque sea un poco justo, y, además, tendremos ocasión de admirar sus propiedades mientras estemos allí. ¿No les parece divertido? Nuestra fiesta privada en Edenbrooke.

Estaban tan contentas que tuvieron que transcurrir tres días para que volvieran a la capital. Las dos jovencitas y sus abnegadas madres se disputaban mi atención con un fervor tan competitivo que me sentía como una pieza de carne hecha pedazos por una jauría hambrienta. Mi sonrisa se volvió fría, rígida, casi descortés, y

cuando llegaba la noche me retiraba a mi habitación horas antes de poder conciliar el sueño. Al fin llegó el viernes, aunque no fue hasta el mediodía cuando nuestras visitantes se subieron a los carruajes recién reparados. Permanecí junto a mi madre de pie, en la entrada de gravilla, diciendo adiós con una impaciencia apenas disimulada.

Me pareció eterno el tiempo que tardaron las señoras y las señoritas en decir adiós, en darnos las gracias por nuestra hospitalidad, en elogiar nuestras espléndidas propiedades y en lanzar indirectas sobre lo mucho que esperaban visitarnos de nuevo en el futuro. Alcé los ojos, vi el ángulo del sol en el cielo y me pregunté cuánto tiempo me seguirían robando. Cuando al fin se marcharon, miré a mi madre y le dije:

—Por favor, dime que no ha sido idea tuya.

Sus ojos se iluminaron con sorpresa.

—¿El qué? ¿Su visita? En absoluto, Philip. ¿Qué

te ha hecho pensar eso?

Agité mi cabeza.

—No te hagas la inocente. Eres una madre tan maquinadora como esas dos.

Sonrió con astucia y deslizó su mano por mi brazo.

—No, querido mío. Yo soy mucho más maquinadora que esas dos.

Me reí de mala gana.

—Bueno, me alegro de que por fin se hayan ido.

—Tomé aire con fuerza y lo solté. Sentí que parte de la impaciencia que me había estado quemando por dentro se escapaba con aquella exhalación—. Estoy ansioso por ver cómo galopa mi nuevo caballo de carreras.

Pero justo en ese momento oí el sonido que producía un carruaje al rodar sobre la gravilla. Miré en dirección a aquel ruido y gemí abatido. Eran nuestras vecinas más cercanas, la señora y la señorita Fairhurst. Mi madre me apretó el brazo y

dijo en tono alentador.

—Solo será una visita corta, estoy segura.

Pero se equivocaba. La señora Fairhurst estaba tan contenta de comprobar que había vuelto de la capital sin un compromiso de matrimonio y, por lo tanto, disponible para su insulsa hija, que ambas se quedaron dos horas con nosotros. El sol estaba bajo en el cielo cuando finalmente se marcharon. Los establos me llamaban, pero antes de que pudiera escaparme, mi madre me puso una mano en el brazo.

—Concédeme unos minutos de tu tiempo, Philip. Tengo hablar contigo sobre un asunto.

La miré con sorpresa.

—Por supuesto.

Sin embargo, hubo otra interrupción. Un carruaje avanzaba hacia la entrada de gravilla. Miré a mi madre con incredulidad.

—Te juro que si es otra jovencita saldré corriendo y no volveré nunca más.

Me hizo callar.

—Tonterías, Philip. Mira, son tus tíos.

Con la emoción de los últimos días había olvidado por completo que venían a visitarnos. Aún tendría que representar el papel de anfitrión, pero al menos no perseguían ni mi título ni mi fortuna. Compuse de nuevo una expresión amable mientras saludaba al señor y a la señora Clumplett. Era consciente de que mi sonrisa parecía forzada y poco natural, pero me resultaba imposible transformarla en genuina. Me preguntaba si alguna vez sería capaz de sonreír y de expresarme con naturalidad.

Mi madre y su hermana no podían ser más diferentes. La señora Clumplett era pequeña y rellenita y parecía más amable que hermosa. Mi madre, en cambio, era alta, elegante y encantadora. Ambas se abrazaron mientras yo estrechaba la mano de mi tío, le daba la bienvenida y le invitaba a entrar.

—Gracias, pero he estado horas sentado en ese carruaje. —Descansó las manos en la parte baja de la espalda y se movió adelante y hacia atrás. Era alto y anguloso, además de ser el aficionado a la zoología más dedicado que podía imaginar—. Lo que necesito ahora es dar un paseo vigoroso por los bosques. Estoy deseando conocer los animales que allí habitan. —Tras decir aquellas palabras, tomó su bastón y se dirigió con diligencia hacia los bosques. Mi madre y la señora Clumpett estaban ocupadas la una con la otra. Era mi oportunidad. Me escapé sin que se dieran cuenta y me encaminé hacia los establos.

Por fin llegué a la cerca que separaba la pista de doma de los establos. Apoyé un pie en una de las vigas bajas y, mientras descansaba los brazos en la parte superior, me deleité observando cómo el

entrenador trabajaba con *Meg*. Durante la Temporada en Londres, no había nada más presente en mi mente que el proyecto secreto en el que había estado trabajando para sorprender a William. Mientras miraba a la yegua, la luz del sol se introducía entre las gruesas nubes e iluminaba su pelaje y embellecía su color cobre. Agitó la cabeza y su crin destelló con aquel cálido rayo de luz. Ví cómo trataba de deshacerse de su jinete. Sonreí. Su belleza era secundaria para la verdadera cualidad que buscaba cuando la compré: el espíritu. Parecía que quisiera volar. Cuando el entrenador terminó los ejercicios con *Meg*, le llamé.

—¿Qué te parece? —pregunté. Era consciente de que yo no era un experto en caballos de carreras. De hecho, no había hecho más que empezar aquella empresa de comprar corceles con la idea de hacerlos correr.

Una emoción tranquila iluminó sus ojos.

—Creo que podría ser esta, señorito Philip.

No corregí el modo en que me llamó. Era un hombre mayor y había estado con nuestra familia durante décadas. Que para él yo siguiera siendo el «señorito Philip» me gustaba. Me recordó que deseaba tener a mi lado más personas que, de haberme conocido de niño, sabrían cuál era mi verdadero lugar en el mundo. Estreché su mano.

—Estás haciendo un buen trabajo. Continúa con él. Estoy deseando mostrárselo a William cuando llegue.

—¿Cuándo será eso, señor?

—La semana que viene.

Ay, tener a mi hermano en Edenbrooke para ver las carreras en Newmarket era lo mejor de todo el año. En Londres habíamos asistido a algunas, por supuesto, pero la experiencia había sido diferente: no era nuestro hogar, ni el lugar donde habíamos vivido nuestra infancia, ni tampoco nuestros recuerdos provenían de allí.

Con estos pensamientos regresé a casa, pero no entré enseguida, sino que me detuve a observar cómo el sol quebraba las nubes e iluminaba y embellecía la fachada del edificio como había hecho con *Meg*. Me deleité con la simetría de la construcción y con el modo en que las piedras se asemejaban al oro bajo la luz del atardecer. Las ventanas parecían más grandes al reflejar la luz anaranjada y las flores y los arbustos que cercaban los muros tenían colores azules, amarillos, rojos, naranjas, marrones oscuros y verdes. Las nubes oscuras salpicaban el cielo gris y rodeaban la casa de tal manera que esta parecía un faro en mitad de un mar tormentoso. La vista era tan bella como una ilusión. De nuevo me sorprendí pensando que todo aquello nunca sería mío; de alguna manera que no podía identificar, todavía no lo era. Me sentía como cuando se observa la cara de un tío o una tía, tan similar a la de los padres: las diferencias entre un rostro y otro resultan más inquietantes que la

similitud familiar tan precisa.

Este sentimiento de extrañeza me persiguió hasta que alcancé en el interior de la casa, donde vi a mi madre mientras bajaba las escaleras.

—¡Ah, aquí estás! Te estaba buscando —me llamó—. Ven a la biblioteca. Tengo que hablar contigo.

Entramos y ella se detuvo delante de la chimenea, justo debajo el retrato de mi padre. Su sonrisa era alentadora y sus manos se unían en una actitud en la que se mezclaban la súplica y la esperanza.

—Tengo noticias —comenzó.

La sensación de extrañeza que arrastraba se tornó en un oscuro presagio. El corazón se me aceleró y los sentidos se aguzaron. Estaba de nuevo en el campo de batalla, frente a un terrible enemigo y, de manera instintiva, giré los hombros. Podía sentir cómo el leve dolor de la vieja herida me tiraba de la piel de la cicatriz.

—He invitado a la señorita Daventry para que se quede con nosotros durante el verano.

Fue un golpe mortal. La miré aturdido.

—Y eso no es todo —continuó con una sonrisa más brillante que nunca—. ¿Recuerdas que tiene una hermana melliza? ¿Marianne? Bueno, también la he invitado a que se quede con nosotros. Ha estado viviendo con su abuela en Bath y no ha tenido oportunidad de relacionarse mucho. —Se detuvo, se mordió el labio inferior, y añadió—: Llegan esta noche.

No pude encontrar las palabras.

—No te importa, ¿verdad, Philip? Se lo prometí a su madre, ya sabes. Cuando éramos jóvenes, nos hicimos promesas la una a la otra, y ahora que ella no está y que estas pobres chicas son huérfanas de madre y casi también de padre (él está en Francia desde que murió su esposa) siento compasión por ellas. No puedo dejar que se las arreglen por su cuenta. Soy como una segunda madre para ellas y

mi deber es ayudarlas a superar esta etapa tan difícil. Soy consciente, mi querido hijo, de lo que te he pedido últimamente, pero también sé que tienes un gran corazón, y estoy segura de que entenderás mis motivos. Espero que no te enfades conmigo.

Mi madre nunca parloteaba. Parecía nerviosa con respecto a este asunto. Y con razón: ¿dos señoritas Daventry? Una era más de lo que podía soportar, pero dos mellizas ambiciosas, vanidosas, superficiales y descaradas peleándose por mi atención eran demasiado. Dos juegos de sonrisas astutas y grandes ojos azules. Dos mentes calculadoras centradas en un título, unas amplias propiedades y una vida de lujos. Dos corazones fríos que no se preocuparían por mí, sino por lo que mi herencia les podía reportar.

Tomé una repentina decisión. Sonreí con tanta convicción que casi me engañé a mí mismo.

—Esta es tu casa, madre, y tienes derecho a

invitar a quien quisieras.

Ella sonrió aliviada.

—Me alegro tanto de oírte decir eso...

Sentí una punzada de culpa en mi conciencia, pero no me detuvo en mi determinación.

Mientras el sol se ocultaba en el horizonte y el cielo cambiaba del color gris al negro carboncillo, improvisé una bolsa de viaje, ordené a los sirvientes que no dijeran nada a mi madre sobre mi partida, monté en mi faetón y azoté los caballos al galope. Quería alejarme de mi casa y de todo lo que en ella había aunque no tuviera idea alguna de a dónde ir. Me sentía como si el propio diablo me persiguiera. Tenía que correr o, de lo contrario, me devoraría el corazón, la mente y el alma.

Alrededor de una hora más tarde trotaba por un largo camino. Escapaba de mi destino y sentía por

primera vez en años que por fin tomaba el control sobre mi vida. La luna llena se escondía con frecuencia detrás de las nubes densas que revestían el cielo y amenazaban lluvia. De repente, el faetón sufrió una sacudida y la rueda trasera derecha voló fuera de su eje. Sin previo aviso, las riendas se soltaron de mis manos y salí despedido. Aterricé cerca del carruaje expulsando el aliento como si bufara y reboté dos veces antes de que un seto detuviera mi impulso. Me quedé allí tumbado, luchando por respirar durante unos instantes agónicos. Cuando al fin mis pulmones comenzaron a funcionar con normalidad, inspeccioné mis heridas. Sin duda, tenía las costillas y los hombros magullados, pero cuando me incorporé y me moví, no me pareció que me hubiera roto ningún hueso.

Mis caballos trotaban por los alrededores, relinchando con nerviosismo, pero eran incapaces de desbocarse porque el eje del faetón estaba enterrado en el borde del camino. La rueda se

hallaba en una cuneta, justo detrás de mí. Me sacudí la ropa muy despacio y me arrastré hacia el faetón averiado. Los caballos estaban asustados y les hablé con sosiego mientras los soltaba y recorría con ellos una corta distancia. Uno de ellos cojeaba de la pata delantera izquierda, y el otro se espantaba cuando le tocaba la pata delantera derecha. Blasfemé y volví la atención hacia el faetón, que había quedado inservible, inutilizable. Siempre había tenido un buen mantenimiento. No había motivo imaginable para que la rueda se saliera como había hecho. Aunque mis caballos no estuvieran heridos, no había nada que pudiera hacer para arreglar el faetón; no sin herramientas y sin luz. Estaba desamparado.

Tomé los caballos por las riendas y me dirigí hacia un alto roble al otro lado del camino, en medio de un campo. Era lo bastante alto y lo bastante ancho para cobijarlos en caso de que lloviera. Até las riendas al roble y después

empecé a recorrer el camino.

Un búho ululó en algún lugar cercano, como si comentara con burla mis circunstancias.

—Sí, ríete de mí, mensajero oscuro del destino —murmuré—. Ríete de mis intentos para ser libre. Ríete de la futilidad de mis esfuerzos.

Como si hubiera oído y comprendido, respondió con un fuerte chirrido que me erizó el cabello en la nuca. De repente, la noche se volvió negra como la pez y levanté la cabeza hacia el cielo. Unas nubes densas y cargadas de lluvia oscurecían la luna. Déjala caer, destino desafiante, pensé, haz esta noche aún peor. Como respondiendo a mi desafío, el agua empezó a caer en forma de una llovizna helada.

Agradecí el frío y deseé que me entumeciera todo el cuerpo, incluso el corazón, para no sentir

aquella amargura y aquella frustración tan sobrecogedoras. Nunca había huido de una batalla y nunca había abandonado mi puesto. En cambio, me había escapado de mi propia casa como un cobarde, y no alcanzaba a comprender esta locura mía. Estaba preparado para romper con todo aquello, pero en toda mi vida nunca había estado tan perdido, ni tan solo, ni tan lleno de amargura y de rencor.

El camino estaba vacío. Ignoraba hacia dónde me llevaría, tampoco sabía si iba a encontrar a alguien que pudiera ayudarme. Solo caminé y maldije al destino y me regodeé en el más alto nivel de autocompasión que jamás me había permitido.

Caminé durante horas. Como durante los últimos años había vivido rodeado de lujos y

comodidades, los pies se me habían vuelto delicados. Ya no tenían la resistencia que habían adquirido cuando era un soldado. «Te has vuelto un blandengue, comandante», me reprendí en la segunda hora de camino. Demasiados días de no hacer nada salvo asistir a bailes con señoritas que tienen títulos me habían vuelto débil. Cuanto más caminaba, más sentía las heridas y los dolores de la caída del faetón. Por suerte, la lluvia había durado poco, pero todavía me sentía húmedo y frío.

Después de muchas horas, divisé al fin una luz en la distancia. Aquella fue la visión más bienvenida que hubiera podido imaginar. The Rose & Crown era una posada pequeña, pero tenía lo que necesitaba: un mozo que llevara un mensaje a mi cochero en Edenbrooke para recoger los caballos heridos y cuidar de ellos, algo de comida caliente, fuego y, sobre todo, un caballo que me pudiera llevar de vuelta al camino para continuar mi huida.

Aunque carecía de un plan, sabía que tenía que alejarme de Edenbrooke y de todo lo que me esperaba allí y, en especial, de las dos señoritas Daventry.

En el comedor de la posada solo había un hombre gordo y medio calvo que pasaba un trapo por la mesa. Me miró con un brillo inteligente y penetrante en sus ojos y me preguntó:

—¿Qué puedo hacer por usted, señor?

Yo estaba demasiado cansado para responder de manera educada.

—Necesito un caballo, algo de comida para llevarme y un mozo para hacer un recado si tiene alguno libre. Lo más rápido posible.

Él asintió enérgico.

—Enseguida, señor.

Se metió los dedos en la boca y silbó. Un segundo después, apareció un chico corriendo.

—Trae el mejor caballo de montar —le dijo el posadero.

El chico salió corriendo por la puerta principal. El posadero fue hacia una puerta que llevaba a la cocina y me dejó esperando en el comedor vacío. Descansé apoyado sobre la barra y traté de combatir la sensación sobrecogedora de fatiga y desánimo.

«El destino me ha tendido una trampa, pero puedo recuperarme», me dije a mí mismo. Podía tomar el caballo que me ofrecieran, cabalgar lejos y, de algún modo, escapar de la vida que nunca había querido. Volvería de vez en cuando y cumpliría con mi familia, desde luego, pero solo por un tiempo. Escaparía y encontraría consuelo en algún lugar. No sabía cómo, pero si no hacía algo diferente, nunca me encontraría a mí mismo. ¿Volvería a reír de nuevo? Apenas recordaba qué se sentía cuando una persona se ríe con sinceridad. Aunque cerré los ojos y me obligué a tener esperanzas, por dentro estaba deshecho.

De repente, la puerta de la posada se abrió de un

golpe, causándome un sobresalto. Me volví y vi entrar a una jovencita que me miró, cruzó la habitación con grandes pasos y dijo:

—Necesito ayuda ahí fuera. ¡De inmediato!

La miré a los ojos sin soltar una palabra. Parecía desaliñada, pero era una señorita de clase. ¿Quién era y cómo me había encontrado aquí? El ardid de la damisela en apuros se había extendido como la peste. ¿Ahora me acosaban también en las posadas?

Mi máscara de arrogancia se extendió por mi rostro de manera automática y descubrí que era más fácil llevarla con el desconcierto y la desesperación que me llenaban el corazón. La miré con una sensación de fría indiferencia.

—Creo que se confunde —dije, sorprendiéndome un poco ante la rudeza de mis palabras—. El posadero debe de andar en la cocina.

A pesar de la tenue luz de la fonda vi que sus

mejillas se sonrojaban y que sus ojos se iluminaban, pero no habría sabido decir si aquella era una reacción de orgullo o de humillación. Después alzó el mentón y en su semblante se dibujó el desdén mientras decía con voz altanera:

—Disculpe, creía que me estaba dirigiendo a un caballero. Ya veo que, como bien dice, estaba en un error.

Me abatí ante la dureza de sus palabras. Entonces se volvió hacia la puerta abierta detrás de la barra y gritó:

—¿Hola? ¡Posadero!

El posadero apareció, secándose las manos en la camisa y ella repitió las mismas palabras:

—Necesito ayuda ahí fuera de inmediato.

Entonces sí pude percibir la urgencia en su voz y, desde luego, vi la mancha de sangre en sus manos y el miedo en su rostro joven.

El posadero también debió de darse cuenta porque se apresuró a ir tras ella. Y yo me quedé

ahí de pie, sintiéndome como si acabaran de tirarme del faetón de nuevo, incapaz de tomar aliento, con la cabeza hecha un lío y mi mundo vuelto del revés.

El posadero entró con un hombre herido y, tras él, una joven que estaba pálida y parecía afligida se apoyaba en la señorita que me había pedido ayuda. Esta última me lanzó una mirada rápida antes de encaminarse hacia las escaleras y desaparecer.

Yo no podía hacer nada más que quedarme ahí con aquellas palabras formuladas con distinción que volvían una y otra vez a mi mente. No me habían puesto en mi lugar con tanta razón desde mis primeros días como soldado.

Aquel insulto era como una bestia de dientes largos que me desgarraba por dentro, me sacaba del atontamiento que me invadía, hacía estragos en la máscara que había pretendido llevar y dejaba al descubierto la parte más vulnerable de mí. Se me

clavaba en el corazón y, después, levantaba un espejo para mostrarme lo que escondía bajo la fachada: una imagen de mi hermano Charles.

Me agarré a la barra de madera y me incliné con fuerza hacia ella. No. Yo no era él. Había jurado no ser nunca como él. La manera en la que había hablado a aquella joven, la arrogancia, el rechazo y la impaciencia formaban parte de la actuación, eran parte de quien debía ser en función de lo que había heredado, el resultado de haber sido perseguido, cazado y presionado. Pero ese no era yo en realidad. Ese hombre arrogante, brusco y displicente que había rechazado ayudar a una joven que lo necesitaba no era yo. Era la farsa que interpretaba *sir* Philip, pero no se correspondía con el verdadero Philip ni con el comandante Wyndham. Aquella manera de proceder no era propia de mí.

Sumido en la desesperación, oí que me llegaba la voz de mi padre desde un recuerdo que creía

olvidado. Apareció con ternura y en silencio, como a través de un visillo que separase a los vivos de los muertos. Me suspiró en el oído: «Pero ¿qué es el corazón de un hombre, sino sus actos? La manera en que se relaciona con el mundo que le rodea es la medida del hombre. Por eso un caballero debe ser siempre educado, servicial, respetuoso, honrado e íntegro. Un caballero tiene cometidos más altos que los demás porque ha recibido mucho. El deber de un caballero es cambiar el mundo que le rodea, es poner de su parte para hacer de este un lugar mejor gracias a su influencia».

Aquel recuerdo puso de manifiesto la vergüenza que sentía al descubrir que yo mismo era como Charles: desdeñoso, arrogante, egoísta. Me estaba convirtiendo en todo lo que juré que no sería jamás... Me tambaleé por la conmoción de aquella epifanía. El corazón me golpeaba contra el pecho y la tristeza me invadía. Era consciente de que si mi

padre hubiera presenciado la escena de aquella noche, estaría avergonzado de considerarme su hijo. Aquel insulto impecable volvía una y otra vez: «Disculpe, creía que me estaba dirigiendo a un caballero. Ya veo que, como bien dice, estaba en un error».

Me encontraba tan absorto en el derrumbe de mi distinción (¿qué es un caballero sino la distinción personificada?) que una mujer tuvo que venir corriendo hacia mí para darme cuenta de la conmoción que se producía a mi alrededor. La mujer del posadero era brusca y grande; parecía abrumada y hablaba con autoridad.

—Si todavía tiene prisa, señor, puedo prepararle una tajada de carne para que se la coma por el camino. Como puede ver, tenemos mucho trabajo esta noche. Sin embargo, el mozo ya ha ensillado su caballo y le espera ahí fuera. También puede llevar un mensaje de su parte cuando vuelva de buscar al médico.

Alcé la cabeza y miré hacia las escaleras. Por ahí se había marchado la jovencita del insulto impecable, de la reprimenda devastadora. La muchacha que me había arrancado la máscara y me había mostrado en quién me había convertido. Y, sin entender muy bien por qué, supe que no podía marcharme sin verla de nuevo.

—Gracias, pero creo que me quedaré y veré si puedo ser de ayuda.

Ella se encogió de hombros, como diciendo «Lo que prefiera», y se marchó aprisa.

Caminé hasta llegar al pie de la escalera y al mirar hacia el piso de arriba llegué a tiempo para ver que la joven se sentaba en un escalón. Parecía extenuada. Entonces cerró los ojos y estiró la mano para tocar la pared. Me apresuré escaleras arriba y subí los escalones de dos en dos. El corazón me latía como si estuviera de nuevo en la batalla y la alcancé, agarrándola del brazo por el hombro.

Sus ojos se abrieron. Permanecieron abiertos solo el tiempo necesario para mirarme con un desprecio inclemente, y después los cerró con fuerza de nuevo.

—Creo que está a punto de desmayarse —dije, mientras notaba la ligera oscilación de su cuerpo.

Ella ladeó la cabeza débilmente y susurró:

—Yo no me desmayo.

No tuve tiempo de discutir, que era tozuda resultaba evidente, y al poco su cuerpo se quedó flácido y se desplomó sobre mí. Apoyé su cabeza en mi pecho, deslicé un brazo alrededor de su espalda y otro bajo sus corvas, la levanté y la llevé con cuidado para bajar las estrechas escaleras. Era un cuerpo esbelto, casi frágil en mis brazos, y sentí una extraña sensación protectora hacia aquella chica a la que ni siquiera conocía.

Con ella aún en brazos, abrí la puerta de la sala. En la chimenea ardía un fuego y, junto a la pared, había un banco largo con cojines. Coloqué a la

muchacha con cuidado y moví un cojín para que apoyara la cabeza. Antes de retirar el brazo de debajo de sus hombros contemplé su rostro a la luz por primera vez. Había algo en él que agitó mi mente, aunque en ese momento no sabía cómo expresarlo. Su cara me resultaba familiar y, a la vez, todo en ella era nuevo. Si al contemplar Edenbrooke horas atrás lo había percibido como un hogar ajeno, aquella cara desconocida se me antojaba cercana.

Oí pasos detrás de mí. Retiré el brazo de debajo de los hombros mientras la mujer del posadero entraba con torpeza en la sala.

—Se ha desmayado, ¿verdad? —dijo con su voz áspera—. Sabía que lo haría. Bueno, estaré pendiente de ella hasta que vuelva en sí. El médico está ya en el piso de arriba.

Me negaba a dejar a la chica del insulto impecable ahí tumbada, inmóvil y vulnerable, con aquella piel tan pálida como la luz de la luna; pero

también quería examinar al hombre herido.

Tanto el posadero como el médico levantaron la cabeza cuando entré en el dormitorio. El doctor Nutley era un viejo amigo de mi familia y me escudriñó por encima de sus lentes.

—¿*Sir Philip*? ¿Qué está haciendo aquí?

—Tuve que detenerme por un accidente con mi faetón. —Con un gesto de la cabeza señalé al hombre herido—. ¿Qué aspecto tiene?

—Mírelo usted mismo —dijo, apartándose y sujetando la vela junto al hombro del hombre para que pudiera ver desde más cerca.

Era un disparo limpio, en el hombro, que no parecía haber afectado ningún órgano importante como los pulmones o el corazón. El médico tenía preparadas sus pinzas y estaba a punto de extraer la bala del músculo. Mi propio hombro se estremeció al pensarlo.

—Tiene buena pinta —dije—. Solo hay que preocuparse por el riesgo de infección.

El doctor Nutley me lanzó una rápida mirada de aprobación y me tendió las pinzas.

—¿Querría hacer los honores?

Levanté ambas manos y negué con la cabeza.

—No, gracias. Son demasiados recuerdos.

Me quedé en el cuarto mientras el médico extraía la bala con éxito. Después le pedí que me permitiera asistirle mientras trataba al paciente. Cuando bajé de nuevo por las escaleras para acceder a la sala, la mesa estaba llena de comida, pero la jovencita aún estaba tumbada, sin sentido, en el banco. La mujer del posadero andaba cerca, mascullando entre dientes.

—Tengo demasiado que hacer para estar aquí esperando a que esta señorita tan fina se despierte.

—Sus palabras provocaron un pequeño jadeo en la joven y la mujer dijo con su voz abrasiva—: ¿Y bien? ¿Está volviendo en sí por fin, señorita? Estaba segura de que se desmayaría y vaya si se desmayó.

Crucé la habitación para ayudar a la muchacha a sentarse, pero la mujer del posadero se adelantó con impaciencia, la agarró por los brazos y la obligó a ponerse en pie. La empujó hacia la mesa y le dijo:

—Siéntese y coma.

La mujer del posadero miró hacia arriba y, al ser consciente de mí por primera vez, preguntó:

—¿Necesita algo más, señor?

—No, gracias —contesté.

Estaba tan ensimismado observando a aquella joven que apenas me di cuenta de que la mujer había abandonado la habitación. La muchacha se presionaba las sienes con los dedos de ambas manos y se inclinaba hacia la mesa. Aún estaba bastante pálida y, por primera vez, temí que también pudiera estar herida. La sangre que había visto en sus brazos podría haber sido suya. Preocupado por si se desmayaba de nuevo o por si necesitaba ver al médico, me acerqué a ella.

—¿Está herida?

Su mirada era una evaluación silenciosa. Me sentí expuesto y vulnerable como no me había sentido en años. Ella había derribado mi máscara, me había desnudado de mi pretensión, había colocado un espejo delante del corazón y me había mostrado cuán separado estaba del hombre que deseaba ser. Después miró hacia otro lado, ninguneándome por completo. Me sentí invisible allí de pie, mirando unos ojos que se movían por la mesa y que, de pronto, se detenían ante un vaso que estaba junto a su codo. La muchacha lo tomó y bebió de él. A continuación, alcanzó un plato y comenzó a servirse comida.

Por primera vez en cinco años, me hallaba en términos inciertos frente a una joven. Antes de aquella noche, nunca me había preguntado si una mujer deseaba o no mi compañía. Y sabía tan bien como conocía mi mundo que aquella muchacha no era como ninguna de las jóvenes que había

conocido después de heredar Edenbrooke. Tenía muchas ganas de quedarme en aquella habitación y saber más sobre ella. Así que me acerqué hacia la mesa y me quedé de pie tras la silla que estaba situada enfrente de ella.

—¿Le importa si me uno a usted? —le pregunté.

Alzó sus ojos hacia los míos, pero no pude determinar el significado de lo que expresaba bajo el peso del cansancio. Tras un prolongado instante, negó con la cabeza y miró de nuevo a su plato. Entonces me di cuenta de que la puerta de la habitación estaba cerrada y, antes de sentarme frente a ella, la abrí un poco. Ya no tenía apetito. No podía pensar nada más allá de lo que me había dicho.

Mientras comía algo me miraba fugazmente a cada tanto sin decir palabra. Yo también me quedé en silencio, luchando conmigo mismo. Era el soltero más codiciado de la Temporada y, durante todas las veladas de los últimos tres meses, había

evitado a las jovencitas que se habían lanzado a mis brazos. Su acoso me había incomodado y, sin embargo, en aquel momento no sabía qué hacer con aquella muchacha. Deseaba que me mirara, que me hablara, que me ofreciera una oportunidad para conocerla.

Permanecimos varios minutos así: yo observándola en silencio y ella si hacerme ni caso mientras terminaba de comer lo que había en su plato. De pronto, estuve listo para que de mi interior saliera algo que me propinara el castigo que me correspondía por mi estupidez. «¡Habla, hombre! ¡Di algo!» Entonces levanté la vista para hacerlo y me encontré con sus ojos. De nuevo me evaluaba en silencio y yo me sentía inseguro. Lo que me había dicho vagaba por mi mente como un perro que me persiguiera alrededor de un árbol una y otra vez. Sus ojos eran de un color azul metálico que se mezclaba con el verde, transparentes y bellos, de un modo insólito.

Apenas había apreciado aquella tonalidad cuando se encendieron con rabia. Bajó la mirada a la vez que las mejillas florecían y su rostro se teñía con un tono rosa pálido. Después levantó las pestañas negras y me dijo:

—Gracias por la cena, señor.

La miré con sorpresa. Había adoptado un tono áspero de sirvienta que no se correspondía en absoluto con la manera en la que me había hablado antes.

—De nada. Espero que sea de su agrado.

Fruncí el ceño, confuso, y la estudié.

—¡Atiza, pues claro! En casa nunca comíamos cosas tan deliciosas.

Una furtiva ráfaga de astucia le iluminó los ojos por un breve instante. Me recliné en la silla y me tomé un momento para ordenar mis ideas.

—¿Y dónde está su casa?

Ignoraba a dónde quería llegar, pero definitivamente iba a seguirle el juego.

—Crecí en una pequeña granja al norte del condado de Wiltshire.

Dio unas vueltas rápidas al vaso con aquellos dedos tan finos. Algunos mechones largos huían del peinado, se rizaban con delicadeza alrededor de los hombros y le caían por la espalda. La luz del fuego los iluminaba con destellos ámbar y dorados. Recordaba la suavidad de su cabello al tacto de la mejilla cuando la había llevado escaleras abajo.

—Pero ahora me dirijo a casa de mi tía —continuó—, que me enseñará a ser una buena doncella. Es mucho mejor que ordeñar vacas.

Levantó el vaso hacia los labios, mirándome a través del borde con un desafío en los ojos. Me costó evitar una sonrisa. ¿A qué narices jugaba aquella joven? Si ella era algo parecido a una campesina entonces yo era el hijo de un pobre granjero.

—Entonces... ¿es usted una lechera? —pregunté

una vez que pude controlar la risa.

—Sí, señor.

Una pizca de rencor atravesó sus ojos y creí entender. Recordaba el destello de ira y de vergüenza que se le reflejaba en el rostro cuando entró en la posada y yo me negué a ayudarla. ¿Acaso pensaba que había asumido que ella era de una clase inferior a la mía, que no la había asistido porque estaba por debajo de mí? ¿Y era aquella mi recompensa, jugar conmigo para comprobar que era un estúpido además de un arrogante? En efecto, había sido arrogante, pero no era un estúpido. O al menos no lo bastante como para detener aquel juego antes de que ella llegara al final. De hecho, tenía tanta curiosidad por saber lo que me contaría a continuación que decidí reanudar el ataque.

—¿Cuántas vacas tiene? —pregunté.

Me miró con detenimiento.

—Cuatro.

—¿Y cómo se llaman?

—¿Quién?

Era un viejo truco de interrogatorio que había aprendido en el ejército. Había que hacer preguntas rápidas y sin énfasis para pillar al enemigo desarmado.

—Las vacas —dije con tranquilidad—. Estoy seguro de que tendrán un nombre.

Ella dudó solo por un segundo, pero fue lo bastante para que me percatase de la incertidumbre que transmitía su mirada. Estaba seguro de que se preguntaba si, en realidad, la gente bautizaba a sus vacas.

—Pues claro que tienen nombre —se mofó.

—¿Y cuál es?

Sostuve sus ojos, retándola, y vi que la sorpresa asomaba en su rostro justo en el instante en que se daba cuenta de que le seguía el juego. Traté de que mi expresión fuera inocente, pero enseguida me di cuenta de que a aquella joven no se le podía tomar el pelo. De sus ojos se desprendió un destello, una

fría amenaza, y a continuación me respondió:

—Bessie, Daisy, Ginger y Anabelle.

Yo estaba ganando. Al apresurarse a responder a mi pregunta, había olvidado su acento rústico. Me llevé un dedo a los labios y le devolví una sonrisa burlona.

—Y cuando las ordeñas les canta, ¿verdad?

—Faltaría más. —Alzó el mentón y se encontró con mi mirada, retándome a continuar.

Era el mejor entretenimiento que había tenido en años y no iba a detenerme en ese momento. Así que apoyé los codos en la mesa y miré sus ojos claros y preciosos.

—Me encantaría escuchar lo que les canta.

Ella ahogó un gritito, afligida. Estaba seguro de haber ganado. Entonces alzó una mano y comenzó a golpear la mesa con ella.

Pum. Pum. Pum.

Después, en voz baja, con una total falta de oído y con una calidad temblorosa y divertida, cantó:

—Vaquitas... —Pum—. Os haré filetes. —Pum.

La miré con los ojos como platos, lleno de asombro y admiración.

—Si no me dais leche... —Pum—. Dulce y caliente. —Pum.

Presionó los labios con fuerza, y el último «¡pum!» hizo eco en la sala. Yo la miré y ella me miró a mí sin que ninguno de los dos se quisiera rendir. Yo lo tenía difícil, me lo estaba pasando de maravilla. Iba a perder, mis labios temblaban y mi vientre se agitaba. Estaba dispuesto a perder aquel juego cada día durante el resto de mi vida con tal de contemplar esos ojos traviosos, inteligentes, sonrientes y algo vergonzosos. Mientras perdía el control, soltó un bufido impropio de una señorita.

Eché la cabeza hacia atrás y solté una carcajada. Oí su risa junto a la mía y no pude parar. El vientre me dolía tanto que tuve que sujetarme el estómago con ambas manos. No me había reído así desde que Charles había muerto. Cuando por fin, después

de tanto reír, pude hablar, dije:

—¿«Os haré filetes»?

Ella se pasó un pañuelo por la cara. Se le estaban saltando las lágrimas y su boca se había curvado en una conmovedora sonrisa.

—Estaba improvisando —dijo a la defensiva.

Agité mi cabeza, admirado. No había duda alguna: ella había ganado.

—Ha sido... fantástico.

—Gracias —dijo con una delicada y elegante inclinación de cabeza.

Le sonreí desde el otro lado de la mesa y, de repente, recordé mi silencio previo y mi estupidez. No podía dejar que pasara un momento más sin dejar las cosas bien entre nosotros. Me incliné un poco y le pregunté:

—¿Amigos?

Ella recuperó el aliento y, mientras esperaba su respuesta, sentí que perdía el mío.

—Sí —dijo por fin.

Gracias a Dios.

—Entonces, como su amigo —dije—, debo pedirle disculpas por mi comportamiento de antes. Me comporté de manera muy grosera, fue algo imperdonable y me siento muy avergonzado. Le ruego que me disculpe.

—Por supuesto que le perdono, aunque solo si usted disculpa mi grosería. No debería haber insinuado que no era usted... —bajó la mirada, se aclaró la garganta y dijo con voz suave—. Que no era usted un caballero.

—Ah, pero ¿solo fue una insinuación? —Levanté una ceja con incredulidad—. Siento lástima por la persona a la que decida usted insultar.

Hizo una mueca y apartó la mirada. Sus mejillas enrojecían de vergüenza. Sin embargo, no lo había entendido. No lo sentía por el insulto.

—Sin embargo, hizo usted bien en reprenderme, lo merecía —le dije.

Quería que me mirara de nuevo, que me

evaluara, que me diera otra oportunidad. Quería que supiera que había acertado conmigo, pero también deseaba hacerle entender que el hombre de había conocido hacía una hora no era yo en realidad. Quería que me viera como mi padre me había visto, como mis hombres en España me habían visto antes de que el convertirme en heredero lo arruinara todo.

—Como buen caballero —dije, con una voz tranquila y sincera— debería haber acudido en su ayuda sin importar lo que necesitara. En mi defensa, debo aclararle que mi falta de educación no tuvo nada que ver con usted, sino que fue el resultado de...

Mis pensamientos volvieron a las frustraciones, a los visitantes no deseados, a ser perseguido por el diablo en mi propia casa, a caerme del faetón, a caminar durante millas bajo la lluvia fría mientras los mensajeros del destino se reían de mi miseria.

—Eran el resultado de otras circunstancias

difíciles —terminé con poca convicción—, acontecidas durante la tarde. Por desgracia, su petición fue la gota que colmó el vaso. —Tomé aire con fuerza y agité la cabeza. No era eso. No era su petición. Al contrario, ella me había permitido darme cuenta de aquello en lo que me había convertido—. No obstante, eso no constituye ninguna excusa y lamento haber contribuido a aumentar su angustia de esta noche.

Su rostro se ablandó, su mirada parecía brillar con una emoción tierna. Dirigió su mirada al regazo y murmuró:

—Gracias.

Vi el brillo de las lágrimas en sus ojos y recordé todo lo que le había ocurrido aquella noche. No quería atosigarla.

Me recosté y dije con voz divertida:

—Y debería saber —continué— que por muy entretenida que fuera su farsa, nadie se habría creído nunca que era usted una lechera.

Ella suspiró con una inhalación sonora. Parecía indignada.

—¿Tan limitadas son mis dotes interpretativas?

—No me estaba refiriendo a sus dotes interpretativas —sonreí.

—Entonces ¿a qué se estaba refiriendo?

—Debería usted saberlo —insistí, pensando en que todas las jovencitas de clase alta que había conocido eran muy conscientes de sus armas.

—Pues no lo sé —dijo con franqueza, mientras me retaba con esa mirada que cada vez me resultaba más imposible resistir.

—Muy bien —dije—. Empezando por la cabeza, su frente está marcada con inteligencia, su mirada es directa, sus rasgos delicados, su piel es pálida, su voz refinada y su forma de hablar deja entrever la educación que ha recibido... —Me detuve, contemplando la hermosa curva de su cuello y añadí—: Hasta la posición de su cabeza es elegante.

Se sonrojó y bajó de nuevo la mirada. Si aquel era un nuevo juego, ahora definitivamente estaba ganando yo.

—Ah, sí —dije en voz baja—. Y luego está su modestia. Ninguna lechera se sonrojaría de ese modo.

No levantó los ojos hacia los míos. Ví cómo las puntas de las orejas se enrojecían.

—¿Continúo? —pregunté, y aunque no disfrutaba de su vergüenza, me divertía ver cómo respondía a mi flirteo.

—No, ya es suficiente, gracias —dijo con tal fuerza en su voz que me reí.

Me reí por toparme con aquella timidez en el fondo del corazón de la chica resuelta que me había dedicado el insulto más impecable de mi vida y que, más tarde, me había divertido con un juego de ingenio que me había hecho llorar de risa. Era inesperada, sorprendente y genuina, y deseaba con desesperación conocerla mejor.

—Entonces, ¿puedo hacerle algunas preguntas?

Asintió. Me levanté y caminé alrededor de la mesa. Entonces retiré su silla, ella se levantó y la conduje hacia el fuego chispeante.

—Creo que estará más cómoda junto a la chimenea.

Se hundió en el mullido sofá con un pequeño suspiro de alivio. Me quedé un momento mirando el fuego y cuando me volví hacia ella la encontré estudiándome de nuevo con esa mirada evaluadora. Por primera vez, su evaluación no parecía completamente negativa. Mi corazón se hinchó de esperanza. Miré sus ojos y así, a la luz del fuego, me parecieron cálidos y estaban tan iluminados por tal juicio, tal inteligencia y tal curiosidad que me dije que, si no tenía cuidado, pronto me enamoraría de una jovencita de quien no sabía ni cómo se llamaba.

—Ahora que estamos de acuerdo en que no es usted ninguna lechera —dije—, ¿le importaría

decirme quién es?

Sonrió y dijo sin dudar:

—La señorita Marianne Daventry.

La miré a los ojos sorprendido. ¿Ella era la otra señorita Daventry? ¿Era aquella la invitada de la que me estaba escapando? Estaba claro que su hermana y ella no eran gemelas idénticas, pero ahora, al buscar las similitudes entre ambas, podía encontrarlas en algunos lugares recónditos. ¿Era aquella la familiaridad que había sentido antes? ¿Hermana de sangre de la joven que había llegado a detestar tanto en Londres? La duda me desconcertaba. ¿Y si era, en el fondo, como su hermana Cecily?

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Tengo peor aspecto a la luz de la lumbre?

Sonreí ante su pregunta.

—No, más bien todo lo contrario. Es un placer conocerla, señorita Daventry.

Volví a mirar el fuego, pensando a toda

velocidad y tratando de decidir qué iba a hacer después. Era ingeniosa y divertida y ridícula y hermosa y sincera y me había hecho reír; era, en suma, la jovencita más interesante y sorprendente que había conocido, pero aquello no impedía que fuera también ambiciosa y maquinadora como su hermana. Pero ¿qué importaba? ¿Me convendría que una chica fuera maquinadora y ambiciosa si era interesante? Menuda pregunta. Por supuesto que me importaría, porque si iba a enamorarme de aquella muchacha —y eso se había convertido en una posibilidad real en mi mente— no querría que ella pensara en mi herencia, mis propiedades, mi título o mis influencias. Querría que me amase a mí.

—¿Piensa decirme su nombre? —me preguntó.

Tomé aire y lo contuve, deliberando a toda velocidad la mejor manera de proceder.

—No, preferiría no hacerlo —dije al fin.

Parecía sorprendida.

—Oh, pues...

—Y dígame, ¿qué la trae por esta región? —dije en un intento de descubrir su integridad lo más rápido posible.

Se apartó un mechón de la cara y dijo con un aire ofendido:

—No creo que deba decírselo.

—Pensaba que habíamos acordado ser amigos —suspiré. No me lo estaba poniendo fácil.

—Sí, pero eso fue antes de saber que se negaría a darme su nombre. Difícilmente puedo ser amiga de alguien que carece de nombre.

Me tragué una sonrisa y agité la cabeza mientras la miraba. Era exasperante y locuaz, y una gran parte de mí deseaba que aquella noche no acabara nunca. Pero necesitaba las respuestas a muchas preguntas.

—Muy bien —dije—. Puesto que es mi amiga, llámeme Philip.

Frunció el ceño.

—No puedo llamarle por su nombre de pila.

Sentí que una rebeldía juguetona se apoderaba de mí y dije:

—¿Le resultaría más fácil si yo la llamara Marianne?

—No se atreverá —se mofó.

—Pues claro que sí, Marianne —dije solo para ver cómo, en efecto, se sonrojaba de nuevo.

—Su comportamiento es indecoroso —me dijo con voz reprobadora.

Solté una carcajada, mientras me parecía que no era yo mismo y que, a la vez, me sentía más yo mismo que nunca.

—Por lo general, no. Solo esta noche.

—Para que lo sepa —dijo, con tono enaltecido—, he sido invitada a pasar una temporada en casa de una amiga de mi madre.

—¿Y por qué la ha invitado? —pregunté, forzándome para que mi tono sonara informal. ¿Qué respondería? «¿Para intentar cazar un marido

apropiado?»

—*Lady* Caroline invitó en primer lugar a mi hermana y fue muy gentil al ampliar la invitación e incluirme a mí también.

No me pareció que estuviera mintiendo, ni por su voz ni por su mirada. Aquella noche había estudiado sus expresiones lo suficiente como para saber que su semblante revelaba cada emoción. Solté un breve suspiro de alivio. Tal vez el hecho de que llegara a aquella posada no era una treta ni una maquinación para cazarme.

—¿Y qué le ha pasado a su cochero?

De repente, parecía afligida.

—Nos asaltaron de camino, un bandido, y le disparó.

—¿Un bandido? ¿En este camino? ¿Está completamente segura?

Aquel era un camino apenas concurrido en un área tranquila y rural. Un bandido tenía poco que hacer en ese tramo y ningún motivo para malgastar

su tiempo asaltando carruajes, pues la mayoría de los pasajeros debían de ser granjeros o comerciantes.

—Si los bandidos acostumbran a llevar la cara tapada, a vociferar «¡La bolsa o la vida!» y a arrancar por a fuerza los colgantes a las damas, entonces sí, estoy bastante segura.

Su voz se quebró, y la emoción contenida alcanzó la piel desnuda de su garganta y sus labios temblorosos. Volvió la cabeza, miró hacia el fuego y vi una línea roja inflamada en su cuello.

—¿La lastimó? —pregunté con voz pausada.

Una lágrima se deslizó por la mejilla pálida e iluminada por la luz del fuego. Marianne la enjugó con un gesto rápido.

—No. —Emitió un suspiro agitado—. Intentó arrastrarme afuera del carruaje, pero mi doncella le disparó y huyó. Aunque ya había disparado a mi cochero. —Apoyó una mano temblorosa en la frente y dijo con voz rota—: Me siento fatal. Ni

siquiera había vuelto a pensar en James. Podría estar muriéndose ahí arriba y todo por culpa mía. —Las lágrimas cayeron veloces por sus mejillas y las enjugó con ambas manos.

Comencé a acercarme, pero me contuve a tiempo. Apenas conocía a aquella joven. No podía enjugar las lágrimas de su rostro.

Me aclaré la garganta, dejé caer las manos y dije con una voz calmada y objetiva:

—No sería culpa suya, aun cuando no creo que su cochero muera a causa de la herida. La he visto. Está situada en la parte superior del hombro y la bala no ha alcanzado ningún órgano vital. Además está en manos de un gran médico.

Asintió, tranquilizada por un momento, y aspiró por la nariz mientras las lágrimas rodaban sin cesar por sus preciosas mejillas. Me costaba soportarlo. Le tendí mi pañuelo, que tomó sin mirarme a los ojos, y se sonó la nariz unas cuantas veces.

—Discúlpeme —dijo, secándose las mejillas con el pañuelo—. No acostumbro a ser de lágrima fácil, se lo aseguro.

—Estoy seguro de que no —murmuré, aunque no me habría importado que lo fuera. Por momentos estaba perdiendo el corazón por aquella muchacha dulce, vulnerable y sincera.

De repente se volvió hacia mí.

—¿Cree que podría olvidar todo esto?

—¿Por qué me pide eso?

—Estoy muy avergonzada por mi comportamiento esta noche —dijo con un suspiro de decepción.

Su tono parecía sincero y no pude evitar sonreír en respuesta.

—¿Qué comportamiento?

—Por dónde empezar —suspiró de nuevo—: Le he insultado, me he desmayado, he fingido ser una vulgar lechera, he cantado una canción ridícula y he llorado, pero sobre todo estoy bastante

segura... —Bajó la mirada hacia sus brazos y su vestido, cubiertos por líneas de sangre seca—. No, estoy convencida de que mi aspecto es imperdonable.

Me reí porque me costaba creer en mi suerte: estaba sentado a su lado y era parte de aquella noche extraordinaria. Había pensado que el destino era mi enemigo y malograba mis planes de huir cuando, en realidad, me había conducido hacia aquel tesoro. Me incliné sobre el brazo de mi silla y contemplé los ojos más bonitos que había visto jamás.

—No creo haber conocido a ninguna dama como usted, señorita Marianne Daventry, y lamentaría muchísimo olvidar un solo detalle de esta noche.

Vi cómo el rubor le animaba de nuevo el rostro y le coloreaba las mejillas, tan rosadas ahora como lo había estado su nariz un momento antes, mientras lloraba. Recuperó la respiración. Esperé su sonrisa encantadora, pero, en lugar de eso, se

reclinó en su asiento apartándose de mí y mirándome como si fuera a saltar de la silla para huir de la habitación. Por supuesto que uno no debe intentar acercarse a un animal salvaje cuando está acorralado, me recordé a mí mismo. Marianne era joven, y estaba sola y desamparada en una posada desconocida y en compañía, además, de un extraño que se había negado a facilitar su nombre completo. No era momento de cortejarla. Más bien, era el momento de preocuparse por ella y de protegerla.

—¿Qué piensa hacer ahora? —le pregunté.

Ella frunció el ceño y se apartó un mechón de pelo de la cara.

—Supongo que debería buscar a alguien que se ocupase de James y una forma de llegar hasta Edenbrooke. ¡Ah! También debería notificarle a *lady* Caroline que mi llegada se retrasará. —Suspiró—. Aunque lo único que deseo es irme a dormir e intentar olvidar el día de hoy.

Su cansancio se evidenciaba en la curva suave de sus hombros y en la manera en que su cuerpo parecía amoldarse a la silla. Los asientos de aquella sala no eran muy cómodos, pero parecía como si Marianne pudiera dormir en la suya toda la noche. En ese momento no deseaba otra cosa que ocuparme de todas aquellas responsabilidades.

—¿Por qué no deja que me ocupe yo de todo? — me ofrecí.

Me miró con astucia.

—No puedo permitirlo, señor.

—¿Por qué no?

—Es demasiado. Apenas le conozco. No puedo abusar así de su amabilidad.

Pensé en todas las jovencitas que apenas me conocían en Londres y que, pese a ello, no habían dudado en «abusar de mi amabilidad». Yo debía de ser uno de los solteros de los que más se aprovechaban en Inglaterra en aquel momento. En

cambio, en el caso de Marianne, estaba dispuesto a asumir todos los abusos que ella considerase oportuno.

—No es demasiado, y no estaría abusando —dije—. ¿Cómo piensa encargarse de todo usted sola? No debe de saber ni dónde está, ¿me equivoco?

Sacudió la cabeza.

—Déjeme ayudarla —dije con galantería, deseando poder extender la mano para alisarle las arrugas de preocupación de la frente.

—Puedo ocuparme de todo yo sola —su tono era firme y concluyente.

Ajá. No era tan joven ni tampoco el animal tan atrapado y desvalido que me había imaginado. Mi respeto por ella crecía, aunque también mi exasperación. Me daba la sensación de que la discusión podría durar toda la noche. Sin embargo, y aunque estaba disfrutando el juego de evasivas, era mejor para los dos dejar la discusión en aquel

punto si quería que avanzar.

—A tenor de lo que he visto de usted esta noche, no me cabe duda alguna de que se las apañaría. Aun así, Marianne —me gustaba decir su nombre y, al menos aquella vez, no frunció el ceño. Era un progreso—, me gustaría serle de alguna utilidad.

—¿Por qué? —Su ceño volvió a arrugarse.

La respuesta estaba clara: verla cansada, magullada, pálida, frágil, dulce y femenina me despertaba en el pecho sentimientos de nobleza. Había sido criado y educado para rescatar damiselas en apuros. Aquel tipo de rescate era mi herencia tanto como lo eran mi título y mis tierras, incluso más allá que eso: aquel tipo de rescate estaba arraigado en mí como un Wyndham que era y como un caballero. Y a aquella damisela en apuros sí deseaba ayudarla. Era una mujer con una necesidad auténtica, sin planificar. En resumen, había nacido para ponerme al servicio de la señorita Marianne Daventry.

—¿No es eso lo que hacen los caballeros? — pregunté—. ¿Rescatar a damiselas en apuros?

Cualquier otra jovencita habría sonreído y asentido, pero Marianne se rio y, con un concluyente ademán de su mano, dijo:

—No soy ninguna damisela en apuros.

—Pero yo sigo intentando demostrar que soy un caballero. —Quería que me dejara mostrarle que se había equivocado en lo que me había dicho al insultarme al principio, que el corazón que había dejado al descubierto no era mi verdadero corazón, que el mío era mejor de lo que ella creía.

Me miró a los ojos por un momento, como buscando allí una pista, y después lo entendió. Con una mirada llena de tierna compasión, me dijo:

—No tiene que demostrarme nada.

Marianne era increíble. Podía rasgar mi corazón, mostrarme la bestia en la que me había convertido, negarse a dejar que probara que era un caballero y parecer dulce y compasiva por completo. Después

de todo, aquella noche el destino me había jugado una mala pasada. Miré hacia el cielo y suspiré con resignación.

—¿Siempre es tan obstinada?

Tras una pausa contestó:

—Sí, creo que sí. —Había una pizca de sorpresa en su voz.

Admiré sus mejillas manchadas, su rebeldía, su pelo color ámbar, la inclinación tan graciosa de su sonrisa sorprendida. El fuego iluminaba sus pestañas largas, perfilaba la inclinación de su frente e insinuaba un hoyuelo escondido. Quería lidiar con ella durante toda la noche. Quería lanzarme a sus pies y rogar que me concediera el privilegio de servirla incluso en la más humilde tarea. Al final, no hice nada de eso. Simplemente me reí de mala gana y dije:

—Me rindo. Nunca dirá lo que espero que diga. Sin embargo, estoy de acuerdo con su plan. Debería dormir un poco y ocuparse de todo por la

mañana. Todo seguirá ahí esperando por usted.

—Es probable que tenga razón —suspiró—.
Creo que seguiré su consejo.

—Bien. —Por fin, se acabó la discusión. Sonreí y le hice la pregunta que me había estado rondando durante los últimos veinte minutos—. ¿Podrá subir sola las escaleras?

—Por supuesto —dijo en tono burlón.

Pero en lugar de levantarse, añadió:

—Hace un rato me desmayé en la escalera, ¿verdad?

Asentí.

—¿Y qué pasó entonces? —preguntó con los ojos abiertos y cara de preocupación.

—Pues que la tomé en brazos y la traje hasta aquí.

Todo lo que podía hacer era tratar de no sonreír ante su incomodidad. ¡Qué inocente! Podía verla luchar contra la idea de escandalizarse al ser transportada por un desconocido. Quería

importunarla y ver su rubor de nuevo. Y entonces la sorprendí mirándome a los hombros y al pecho con los ojos entornados. Se sonrojó sin que tuviera que decir una sola palabra.

—Ah. En fin, gracias —dijo con voz incómoda.

La cara me dolía por el esfuerzo que estaba haciendo para contener la risa.

—Fue un placer —murmuré.

—Creo que podré subir las escaleras por mi propio pie —dijo—. No requeriré más sus servicios por esta noche.

Yo tenía mis dudas.

—Entonces póngase en pie.

Hizo un pequeño esfuerzo para levantarse de la silla y después se hundió de nuevo, derrotada, en el cojín.

—Lo que sospechaba —dije con una risita.

Me levanté y le tendí una mano. Marianne apoyó la suya en la mía y, antes de ceder a la imprudencia de besarla, tiré de ella para ayudarla

a levantarse. Su mano se estremeció en la mía y ella gimió de dolor mientras se levantaba.

Aflojé la mano al momento e incliné la suya hacia la luz del fuego. Tenía la palma llena de arañazos, en carne viva. Por un momento, el pecho me ardió de rabia y casi me costó respirar. Me indignaba que alguien pudiera herir a aquella muchacha. No tenía precio y había que protegerla.

—Pensaba que había dicho que no la había lastimado —dije con la voz embrutecida por la emoción. Me tentaba la idea de abandonar la posada esa misma noche, buscar al bandido que le había hecho aquellas heridas y propinarle una paliza con mis propias manos.

—Y así fue —dijo, frotándose los ojos con la otra mano—. Estas heridas me las hice con las riendas. No estoy acostumbrada a conducir un carruaje tirado por cuatro caballos y los pobres estaban asustados. Además me caí al suelo cuando trataba de ayudar a James, que pesaba tanto... —

su voz se apagó mientras me miraba.

Apenas podía creer lo que había oído. De hecho, en aquel momento pensé que la había entendido mal.

—¿Transportó en brazos a su cochero? — pregunté si poder creérmelo.

—Bueno, sí, con la ayuda de mi doncella —dijo, encogiéndose de hombros. Aquella señorita pequeña y delicada no había hecho un trabajo pesado en su vida y, por lo tanto, no tenía la fuerza suficiente para levantar a un hombre como James. Y, sin embargo, había cumplido aquella empresa, aunque hubiera sido con la ayuda de otra joven tan pequeña y delicada como ella.

—Lo he visto —dije, aún dominado por la incredulidad—. Es más del doble de su tamaño. Y también he visto a su doncella. Parece casi imposible.

De nuevo, Marianne se encogió de hombros.

—Teníamos que hacerlo. No podía dejarlo tirado

en medio de la nada.

Contemplé sus ojos y en su profundidad vi más fuerza, firmeza y convicción moral de la que había visto en ninguna mujer. Y mezclados con esa determinación había inocencia, inteligencia, ingenio, vulnerabilidad, humor y otras cualidades que aún no había intuido. Una trampa me atenazó el corazón. En un momento, me sentí desamparado. Quería que me quisiera, por mi dinero o por mí, estuviera su corazón libre o no... Nada de eso importaba. Me había enamorado.

Miré su mano, que aún descansaba en la mía. Era tan pequeña. Con suavidad, recorrí los arañazos de la palma con un dedo, deseando que mi tacto pudiera curarla.

—Ha sido muy valiente —murmuré.

Apartó su mano de la mía y miró alrededor. Estaba tan agotada que parecía confusa.

—Debe de estar exhausta —dije—. Venga por aquí. —Le rocé el hombro y la dirigí hacia la

puerta abierta, mientras me daba cuenta de que su por su estatura apenas me llegaba al cuello. Daba más tropezones que pasos, y unas cuantas veces tuve que controlarme para no levantarla en brazos y llevarla escaleras arriba. Una vez que la vi sana y salva en la puerta del dormitorio, le deseé buenas noches.

—Buenas noches, Marianne.

—Buenas noches —repuso, todavía vacilante—. Y gracias por todo. —Su sonrisa era tierna.

Solo aparté los ojos de ella cuando se dio la vuelta y abrió la puerta del dormitorio.

—Cierre con llave la habitación antes de irse a dormir —le advertí, empujado por la oleada de protección desmesurada que había ido creciendo en mí durante toda la noche.

Después bajé las escaleras para ponerme a hacer todas las gestiones para Marianne. Había que pagar al médico y al posadero, había que encontrar una enfermera y había que concertar un medio de

transporte para ambos. Una hora más tarde le escribí una carta detallando todo lo que había hecho para servirla. Sonreí para mis adentros cuando firmé: «Su fiel vasallo». Me habría encantado ver su reacción cuando la leyera, sobre todo después de su obcecación al negarse a recibir mi ayuda. Después pasé la noche en vela custodiando la puerta de su habitación y me deslicé fuera de la posada poco antes del amanecer.

Debería haber estado exhausto mientras galopaba de vuelta a Edenbrooke, pero mi corazón había despertado en un amanecer luminoso e inesperado. Sonreí durante todo el camino a casa.

FIN